



Número 233
Diciembre 2022

HERALDO DEL EVANGELIO



«No se lo impedáis»

Convertido por la Santísima Virgen

«**E**n la madrugada del 19 al 20 [de enero] —escribe Alfonso de Ratisbona— me desperté sobresaltado: veo fija delante de mí una gran cruz negra de una forma particular y sin Cristo. Hice un esfuerzo por ahuyentar esta imagen, pero no podía evitarla, y siempre la tenía enfrente, adondequiera que me girase. No podría decir cuánto tiempo duró esta lucha. Me volví a dormir; y cuando me levanté al día siguiente, ya no pensaba en ello. [...]

»Si alguien me hubiera dicho aquella misma mañana: “Te has levantado judío y te acostarás cristiano”; si alguno me lo hubiese dicho, lo habría tenido por el más loco de los hombres.

»Me dirigí a una cafetería de la plaza de España para hojear la prensa. [...] Al salir, me encuentro con

Théodore de Bussières, que detiene su carruaje y me invita a subir para dar un paseo; hacía un tiempo maravilloso y acepté con gusto. Pero me pidió permiso para parar unos minutos en la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte, que estaba cerca. [...] Me propuso que le esperara en el coche, aunque yo preferí ir a ver esa iglesia. [...]

»Era pequeña y pobre, y estaba desierta; creo que estuve allí poco más o menos solo. Ninguna obra de arte llamaba mi atención; miraba maquinalmente a mi alrededor sin reparar en pensamiento alguno; únicamente me acuerdo de un perro negro saltando y brincando frente a mí.

Mas luego desapareció ese perro, la iglesia entera desapareció, y ya no veía nada... o más bien, ¡oh, Dios mío!, ¡vi una sola cosa!

»¿Cómo explicarlo? La palabra humana no debe pretender expresar lo que es inexpressable. Toda descripción, por sublime que fuere, no sería más que una profanación de la inefable verdad.

Allí estaba yo postrado, bañado en lágrimas, con el corazón acelerado, cuando el Sr. De Bussières me hizo volver en mí. No podía responder a sus precipitadas preguntas. [...] Sentía en mí un no sé qué tan solemne y sacrosanto que me hizo pedir un sacerdote. [...]

»Lo que tengo que contar no puedo decirlo sino de rodillas. [...] Estando en la iglesia, de repente, me sobrecogió una turbación inexplicable. Levanté los ojos: todo el edificio ha-

bía desaparecido a mi vista; una sola capilla concentraba, por así decirlo, toda la luz, y en medio de este resplandor, de pie sobre el altar, apareció, grande, brillante, llena de majestad y de dulzura, la Virgen María, tal cual está en mi medalla [la milagrosa]; una fuerza irresistible me impelió hacia Ella. La Virgen me hizo señas con la mano para que me arrodillara; parecía decirme: “¡Está bien!”. No me habló, pero yo lo comprendí todo».

BUSSIÈRES, Théodore de. «Conversion de M. Marie-Alphonse Ratisbonne». Paris: Sagnier et Bray, 1844, pp. 28-29; 147-154.



Alfonso de Ratisbona fue bautizado el 31 de enero de 1842 en la iglesia del Gesù, de Roma

Reproducción

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panéz;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Carrera 67 # 173A - 25
Bogotá D.C
Tel 57 314 2686906

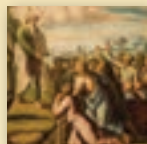
revista@heraldosdelevangelio.com.co

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

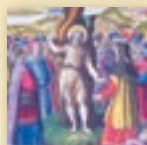
Escriben los lectores 4

«Porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos» (Editorial) 5



La voz de los Papas –
El deber de cooperar
con la verdad

6



Comentario al Evangelio –
Tiempo de una nueva
conversión

8



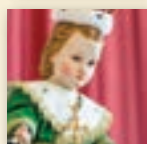
¿Por qué se celebra
la Navidad el
25 de diciembre?

16



¡Alto el fuego!

20



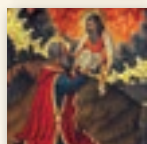
Presencia regia y victoriosa
del divino Infante

24



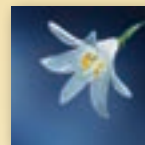
Beata María Victoria de
Fornari Strata – «Todo
pasa y todo es nada,
excepto Dios»

28



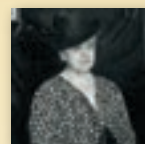
La conciencia – «En esto
conoceremos que somos
de la verdad!»

32



Llamados a la pureza
de corazón

35



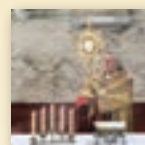
La «suma de las edades»
de una venerable dama

38



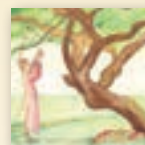
Heraldos en el mundo

40



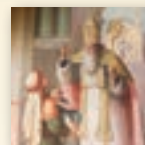
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



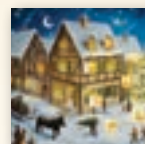
Historia para niños... –
Una buena Madre...
¡y una manzana!

46



Los santos de
cada día

48



Inocente preparativo
para la Navidad

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.org





ESCRIBEN LOS LECTORES

LECTURA EDIFICANTE DEL TESTIMONIO DE SANTO TOMÁS

¡Muchas gracias! Es verdaderamente edificante la lectura del artículo *La devoción eucarística de Santo Tomás de Aquino – Lección viva de la teología*, en el que veo el testimonio de este insigne teólogo. Les agradezco igualmente los episodios de su vida narrados de una forma sencilla, comprensible a todos. Me encomiendo a su intercesión.

Le pido la bendición a los sacerdotes que leyeren este espontáneo comentario mío. ¡Viva Jesús y María!

Ivana Zanini
Vía [rivistacattolica.it](mailto:revistacattolica.it)

UNA SECCIÓN ENCANTADORA

La sección de los milagros realizada por intercesión de Dña. Lucilia es lo que más me encanta de la revista *Heraldos del Evangelio*. Ver y conocer algo más de esta señora tan bondadosa, que responde a las más variadas solicitudes —ya sean problemas económicos, de salud, familiares—, como una verdadera madre amorosa que nunca abandona a sus hijos.

Mónica Harumi Furutani Arruda
Vía revista.arautos.org

BELLEZA DE LA DOCTRINA CATÓLICA

¡Qué grande y maravillosa es nuestra Santa Iglesia Católica! En ella nacen las preciosas flores de los santos que, en su diversidad, nos muestran las maravillas del amor de Dios.

La preciosa experiencia de Santa Teresa del Niño Jesús, contada en el artículo *Cartas de Santa Teresita a sus «hermanos» espirituales – Lecciones de confianza y de sabiduría*, me hace revivir el encanto por la belleza de la doctrina católica. ¡Qué importante es tomarse en serio los dogmas de fe! La

comunión de los santos... Santa Teresa fue muy seria y llevó hasta el auge este dogma, ofreciendo todo por éstos dos sacerdotes que le fueron encomendados, sin dudar jamás que la unión espiritual es mucho más fuerte que la carnal. Seriedad premiada por Dios con la santidad.

Silvia María Manzanares Jugo
Vía revistacattolica.org

UN SANTO AMADO Y ADMIRADO

Hermosa historia la de San Gerardo Mayela. Muchas gracias, Heraldos del Evangelio, por colocar en la edición online la vida tan detallada de este santo tan amado y admirado.

Álvaro Júnior
Vía revista.arautos.org

AMOR NO ES LIBERTINAJE

He leído el Comentario al Evangelio, de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, titulado *Espíritu de amor y de paz*. [Tal y como en él se demuestra], confundir amor con libertinaje es lo que ha hecho de nosotros una sociedad decadente, que nos lleva al caos. Bendiciones desde Cuenca. ¡En espera del triunfo de la Santísima Virgen!

Alfredo Fernández de
Córdova Jerves
Cuenca – Ecuador

«HUMILDAD, SANTIDAD, EUCARISTÍA»

Elegir uno entre tantos artículos de la revista es como elegir una joya entre tantas y tan bellas. Sin embargo, ante tal prueba, lo que hoy más nos toca el corazón es, sin duda, la oportunidad de participar de las misas que se ofrecen diariamente en la casa de los Heraldos del Evangelio, de mi ciudad, Joinville. De modo que el artículo que he escogido es: *Humildad, santidad, Eucaristía*. ¡Qué hermoso artículo!

La respuesta a tal elección es que no hay nada en esta vida que desee-

mos más que estar ante Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, poder participar en la santa misa, en la sagrada comunión, en la adoración al Santísimo Sacramento y en las devociones tan urgentemente pedidas por la Virgen. No hay otro bien para nosotros. ¡Nada nos hace más felices y extremadamente agradecidos y confiados en la presencia de Dios que poder recibirlo en nuestras almas!

Leila Adriana Domingos Vieira
Joinville – Brasil

REVISTA VERDADERAMENTE CATÓLICA

La revista *Heraldos del Evangelio* es de las pocas verdaderamente católicas que hay en el mundo de hoy.

Le ha demostrado al mundo entero la verdadera Iglesia, tan perseguida y ultrajada en nuestros días. Sepamos dar oídos al profetismo de nuestro tiempo, para no ser los «fariseos de ayer», que terminarán cometiendo una vez más el pecado de deicidio.

Cristiano Oliveira Goulart
Laje do Muriaé – Brasil

«ROSARIO, MEDIO FÁCIL Y SEGURO DE SALVACIÓN»

Es maravilloso leer textos como este, *Rosario, medio fácil y seguro de salvación*, y pedir que las cosas que nos rodean se simplifiquen con la fe y la devoción al rosario.

Adyr Henrique Ávila
Vía revista.arautos.org

NUEVA Y MÁS PLENA COMPRENSIÓN DE LA EUCARISTÍA

He ganado una nueva y más plena comprensión de la Eucaristía con el artículo *El más sustancioso de los banquetes*, de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, comentando el Evangelio de la solemnidad de Corpus Christi.

Luiz Augusto Ortelhado Pinheiro
Vía revista.arautos.org

«PORQUE DE LOS QUE SON COMO ÉSTOS ES EL REINO DE LOS CIELOS»

La Encarnación del Verbo es uno de los misterios más grandes de nuestra fe, más aún si se la considera a la luz de la Navidad. En efecto, ¿cómo circunscribir la infinitud divina a un cuerpo infantil?

Existe, no obstante, un profundo simbolismo en el hecho de que Dios se hiciera niño. Ante todo, porque los pequeños, para el Salvador, son un modelo a imitar: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos» (Mt 19, 14). Son ejemplo de candidez, inocencia y pureza.

Sin embargo, incluso cumpliéndose en Él todas las antiguas profecías y volviéndose tan accesible a los hombres, el Niño Jesús fue rechazado por sus propios compatriotas. Cuando estaba a punto de nacer, las casas de Belén le cerraron sus puertas (cf. Lc 2, 7). Y no pasó mucho tiempo para que la Inocencia encarnada fuera acosada por el déspota Herodes, supuestamente «el Grande», si bien tan pusilánime. Grande, en realidad, era su crueldad. Al desconocer el paradero del divino Infante, exiliado por entonces en Egipto y sin hogar, el tirano ordenó matar a todos los niños menores de dos años. Si es preferible morir que escandalizar a un solo pequeño (cf. Lc 17, 2), ¿qué decir de aquella terrible masacre de inocentes?

Se podría argumentar que fueron los protomártires de Cristo. Es cierto, y la Iglesia los considera santos. Pero si esos chiquillos no hubieran sido arrancados de sus familias y asesinados a filo de espada, ¿acaso no se habrían convertido en discípulos o apóstoles del Señor? ¿Qué destino les habría confiado la Providencia? En suma, ¿cuántas vocaciones no fueron segadas por el arbitrio de ese gobernante infanticida?

Si la muerte del inocente clama por la intervención divina contra su malhechor (cf. Gén 4, 10), más aún se puede conjeturar, con las debidas proporciones, acerca de la suerte de quienes escandalizan o desvían del buen camino a los pequeños, pues, como pregonó el Señor, se ha de temer más al que mata el alma que a los que matan el cuerpo (cf. Mt 10, 28).

A menudo, esa persecución al inocente es emprendida por la propia familia, como fue el caso de los jóvenes Tomás de Aquino, Francisco de Asís o Luis Gonzaga. Por otro lado, a manos del Estado, es elocuente el ejemplo de los tres pastorcitos de Fátima, encarcelados por el simple hecho de haber contemplado a la Virgen Inocentísima. Finalmente, la Historia es implacable atestiguando que hasta eclesiásticos han perseguido a los pequeños, como los que frecuentaban los oratorios de San Felipe Neri y de San Juan Bosco.

En la actualidad asistimos a una auténtica matanza de los inocentes, pero también, y quizá peor aún, a una masacre de las inocencias, principalmente a través de la corrupción generalizada de las costumbres, favorecida por la influencia de los medios de comunicación, por el deterioro de la educación, por la carencia de una sólida catequesis infantojuvenil.

Así pues, en esta Navidad no podemos desear otra cosa sino que prevalezca la paz entre los hombres de buena voluntad (cf. Lc 2, 14), a fin de que la Suprema Inocencia alcance a todos, en especial a los más pequeños, alejando de ellos toda clase de matanza. ✧



*Niñas venerando
al Niño Jesús*

Foto: María José Feliz



El deber de cooperar con la verdad

Las palabras de Cristo sitúan a todo hombre de cara a su responsabilidad;
se trata de aceptar o de rehusar la verdad invitando a cada uno,
con fuerza persuasiva, a permanecer en la verdad.

Nuestro mensaje [de Navidad] se inspira en la primera página del Evangelio de San Juan, en aquel prólogo que es la materia del sublime poema que canta el misterio y la realidad de la unión más íntima y sagrada entre el Verbo de Dios y la humanidad, entre el Cielo y la tierra, entre el orden de la naturaleza y el de la gracia, cual resplandece y se transforma en triunfo espiritual desde el comienzo de los siglos hasta su consumación.

«En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. [...] Todas las cosas fueron hechas por Él. [...] En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron» (Jn 1, 1.3-5). Hubo un hombre llamado Juan para dar testimonio de la Luz: él no era la Luz, sino sólo un testimonio que invitaba a recibir la Luz. [...] Con esta simple y elemental evocación doctrinal e histórica nos llega el anuncio de la Navidad y de Belén.

«Vidimus gloriam eius»

Palabras sagradas son éstas, que en una bella sinfonía resuenan por todas partes, difundiendo al punto suavidad y belleza, para prorrumper después, al

mismo tiempo, en la plenitud de aquella gran obra que es el triple poema: la Creación, la Redención —el precio de la sangre de Cristo— y la Iglesia, una,

*La actitud para
conocer la verdad
representa para el
hombre la respon-
sabilidad sagrada
de cooperar con el
diseño del Redentor*

santa, católica, apostólica. Todo esto, ofrecido como tesoro de doctrina divina y como fuente de vida perfecta en la tierra, a las almas y a los pueblos que saben aprovecharse de ello.

En primer lugar está el esplendor del Padre celestial glorificado en su Hijo, que nos invita a la admiración de las mutuas relaciones inefables de las Personas de la Santísima Trinidad. Después, el segundo Juan, el evangelista, se apresura a hablarnos de las manifestaciones de la misma Trinidad en beneficio del hombre, en beneficio de la Iglesia, Cuerpo Mís-

tico de Cristo, y en beneficio de cada una de las almas: *Vidimus gloriam eius* – Hemos visto su gloria.

Con estas palabras termina el prólogo, tomando al mismo tiempo un tono de aclamación gloriosa: *Vidimus gloriam eius*. ¿Qué gloria? Aquella preclarísima del Verbo que existía *in principio et ante sæcula*, y que, haciéndose hombre, como Hijo unigénito del Padre, apareció lleno de gracia y de verdad. Fijaos bien en estas dos palabras: gracia y verdad. [...]

Jesús nos invita a contemplar en Él la verdad

Para las almas creadas por Dios y destinadas a la eternidad es natural la búsqueda y el descubrimiento de la verdad, objeto primero de la actividad interior del espíritu humano.

¿Por qué se dice la verdad? Porque es comunicación de Dios, y entre el hombre y la verdad no hay, simplemente, relación accidental, sino relación necesaria y esencial. [...]

Pero lo que importa más retener y percibir es que la actitud para conocer la verdad representa para el hombre la responsabilidad sagrada y muy grave de cooperar con el diseño del Creador, del Redentor, del Glorificador. Y ello vale aún más para el cristiano que lleva, en virtud de la gracia

sacramental, el signo evidente de su pertenencia a la familia de Dios. Aquí se distinguen la dignidad y la responsabilidad más grandes que son impuestas al hombre —y aún más a cada cristiano— de honrar a este Hijo de Dios, Verbo hecho carne, y que da la vida al mismo tiempo al compuesto humano y al orden social.

Jesús ofreció a la imitación de los hombres treinta años de silencio, para que ellos aprendan a contemplar en Él la verdad, y tres años de enseñanza incesante y persuasiva para que ellos vean un ejemplo y una regla de vida. [...]

Las palabras de Cristo sitúan, en efecto, a todo hombre de cara a su responsabilidad; se trata de aceptar o de rehusar la verdad invitando a cada uno, con fuerza persuasiva, a permanecer en la verdad, a alimentar sus pensamientos personales de verdad, a obrar según la verdad.

Estamos ante una conjuración contra los mandamientos

Este mensaje de augurio que os queremos dirigir es, por tanto, una invitación solemne a vivir según el cuádruple deber de pensar, de honrar, de decir y de practicar la verdad. [...]

Proclamando estas exigencias básicas de la vida humana y cristiana, una pregunta surge del corazón a los labios: ¿Dónde está en la tierra el respeto a la verdad? ¿No estamos, a veces, e incluso muy frecuentemente, ante un antidecálogo desvergonzado e insolente que ha abolido el no, ese «no» que precede a la formulación neta y precisa de los cinco mandamientos de Dios que vienen después de «honra a tu padre y a tu madre»? ¿No es prácticamente la vida actual una rebelión contra el quinto, sexto, séptimo y octavo mandamientos: «No matarás, no serás impuro, no robarás, no levantarás falsos testimo-



Reproducción

Moisés les muestra a los israelitas las tablas de la Ley - Museo Nacional del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

¿Dónde está en la tierra el respeto a la verdad? ¿No estamos, a veces, ante un antidecálogo desvergonzado e insolente que ha abolido el «no»?

nios»? Es como una actual conjuración diabólica contra la verdad.

Y, sin embargo, ahí está por siempre válido y claro el mandamiento de la ley divina que escuchó Moisés sobre la montaña: «No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo» (Éx 20, 16; Dt 5, 20). Este mandamiento, como los otros, permanece en vigor con todas sus consecuencias positivas y negativas; el deber de decir la verdad, de ser sincero, de ser franco, es decir, de conformar el espíritu humano con la realidad, y, de otra parte, la triste posibilidad de mentir, y el he-

cho más triste todavía de la hipocresía, de la calumnia, que llega hasta oscurecer la verdad. [...]

Volvamos nuestra mirada hacia Belén

Amados hijos: Henos de nuevo ante la escena de Belén, ante la luz del Verbo Encarnado, ante su gracia y su verdad, que a todos quiere atraer hacia sí.

El silencio de la noche santa y la contemplación de aquella escena de paz son elocuentísimos. Volvamos hacia Belén con mirada pura y corazón abierto. Al lado de este Verbo de Dios, hecho hombre por nosotros, al lado de esta «bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre» (Tit 3, 4), [...] Nos, ponemos nuestra confianza en Dios y en la luz que viene de Él. Confiamos en los hombres de buena voluntad, satisfechos de que nuestras palabras susciten en todos los corazones rectos un latido de viril generosidad. ✧

Fragmentos de: SAN JUAN XXIII.
Radiomensaje de Navidad,
22/12/1960.



Predicación de San Juan Bautista - Monasterio de San Millán de la Cogolla (España)

Francisco Lecaros

EVANGELIO

¹ Por aquellos días, Juan el Bautista se presenta en el desierto de Judea, predicando: ²

«Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos».

³ Éste es el que anunció el profeta Isaías diciendo: «Voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”».

⁴ Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵Y acudía a él toda la gente de Jerusa-

lén, de Judea y de la comarca del Jordán; ⁶ confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán. ⁷ Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? ⁸ Dad el fruto que pide la conversión. ⁹ Y no os hagáis ilusiones, pensando: “Tenemos por padre a Abrahán”, pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras.

¹⁰ Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego. ¹¹ Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹² Él tiene el biello en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga» (Mt 3, 1-12).

Tiempo de una nueva conversión

Al lanzar invectivas contra la hipocresía de los fariseos y de los saduceos, San Juan nos coloca en la perspectiva del Juicio final, del que nadie podrá escapar. En ese día, no servirán de nada las exterioridades si no hemos dado los frutos que prueben nuestra conversión.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – ADVIENTO, TIEMPO PARA UNA REVISIÓN...

Cuando un buque va a salir por primera vez del astillero, se acostumbra a realizar una ceremonia en la que la nueva embarcación recibe su nombre y, como desenlace del acto, se rompe de forma espectacular una botella de champán en su casco, escurriendo allí todo su precioso líquido. Según una antigua creencia, cuanto mejor sea la calidad del espumoso, mayor será la probabilidad de que el barco single los mares con seguridad. Después de esto, con el casco recién pintado, pulido y completamente limpio, la embarcación es lanzada al agua y empieza a navegar por los océanos. Con el paso de los años la velocidad del navío va disminuyendo, no porque el motor pierda fuerza, sino porque en su casco se han ido incrustando moluscos en gran cantidad, dificultando así la navegación. Para recuperar la rapidez inicial se hace imperioso regresar al astillero y retirar esa costra. Igualmente los automóviles funcionan bien cuando son nuevos, pero después de un tiempo de uso es necesario someterlos a revisiones, a fin de garantizar el correcto desempeño de su mecanismo.

Con relación a la salud, nuestra situación es parecida. Periódicamente hemos de someternos a un chequeo médico o ir al dentista para compro-

bar que todo está en orden. Pero, ante todo, lo que necesitamos es hacer una revisión... del alma. Tenemos que analizar con frecuencia nuestra vida espiritual, pues a pesar de estar bautizados, recibir los Sacramentos con asiduidad y practicar con seriedad la religión, es frecuente que pasemos por circunstancias que nos lleven a cometer algunas imperfecciones o a apegarnos a las vanidades de este mundo y adquirir manías y malos hábitos.

Muchas veces pensamos que cada uno de nosotros existe por sí mismo, independiente de Dios y sin relación con los demás, y que nadie lee nuestros pensamientos ni ve nuestras acciones ocultas. Sin embargo, es sólo una cuestión de tiempo para que todo se haga público. Nuestra situación se parece a la de una persona que posee un documento cuyo contenido guarda un secreto muy importante y decide depositarlo en la caja fuerte de un banco. Sin embargo, esa noche recibe la visita de un ángel, enviado por Dios, ordenándole que comunique ese secreto a toda la humanidad... Así será el Juicio Final: todos nuestros pensamientos, deseos, maquinaciones, todo lo que hayamos hecho de bueno y de malo será conocido por todos los hombres, bienaventurados o condenados, sin excepción de nadie, incluso por los ángeles y por los demonios, como nos enseña la doctrina católica.¹

Todo bautizado necesita analizar con frecuencia su vida espiritual, a fin de corregir aquello que en su interior está en desorden

*La
predicación
de Juan el
Bautista en
el desierto
de Judea
nos ofrece
preciosos
elementos
para un
verdadero
cambio de
vida en este
Adviento*

Por eso, en su extraordinaria sabiduría, la Iglesia distribuye la liturgia a lo largo del año de manera a proporcionarnos, en determinados momentos, la oportunidad de hacer nuestra revisión espiritual. Uno de estos períodos es el Adviento, tiempo de conversión, es decir, tiempo de examen de conciencia, de penitencia y de cambio de vida. La predicación de San Juan Bautista, recogida por San Mateo en el Evangelio de hoy, nos ofrece preciosos elementos para ello.

II – ¡«CONVERTÍOS...»!

¹ Por aquellos días, Juan el Bautista se presenta en el desierto de Judea, predicando:

Podemos delinear mejor el escenario de la actividad del Precursor yéndonos a la narración de San Lucas, el cual registra que Juan «recorrió toda la comarca del Jordán» (Lc 3, 3). Debido a la proximidad del río, en cuyas márgenes crece abundante vegetación, ese lugar corresponde a una parte menos agreste de la inhóspita y extensa zona circunvecina al mar Muerto, conocida con el nombre de desierto de Judea. De hecho, San Juan había vivido los años precedentes a su misión pública en parajes solitarios, situados más al norte de ese descampado, donde también el Señor, más tarde, pasaría los cuarenta días de ayuno, después de ser bautizado.²

Oigamos las palabras que Juan el Bautista pregonaba, y tratemos de aplicarlas a nuestra situación personal.

La falsa esperanza del mundo

² «Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos».

En el Bautismo todos recibimos una semilla del Reino de Dios que debemos hacerla crecer en nosotros mediante la práctica de la religión, mientras esperamos el momento de poseerlo en plenitud en la eternidad. Aunque en el mundo moderno, esa esperanza de la vida eterna se sustituye por otra esperanza, cuyo objeto no es Dios, sino la técnica, los inventos y los descubrimientos científicos, que hacen que la existencia humana sea más agradable y la prolongan de un modo considerable. Incluso se llega a admitir la idea de que la ciencia aún logrará hallar el elixir cuyas propiedades volverán inmortales a los hombres. Ahora bien, tanto la tecnología como la medicina en realidad pueden aumentar el número de nuestros días, pero no eternizarlos. Vendrá el momento en que ya no nos serán útiles y abandonaremos este mundo. Termina aquí la esperanza mundana, como enseña el Libro de la Sabiduría: «Es brizna que arrebató el viento, espuma ligera que arrastra el vendaval, humo que el viento disipa, recuerdo fugaz del huésped de un día» (5, 14). En este sen-

Desierto de Judea (Israel)

Gustavo Krall

tido la amonestación del Precursor es muy clara y actual para nosotros: se trata de hacer penitencia de esas desviaciones, pues el Reino de los Cielos no es de los que ponen su seguridad en el progreso científico, en las máquinas o en el confort material, sino de los que confían en Dios y tienen puesta su esperanza en la eternidad.

El riesgo de volverse sordo para Dios

³Éste es el que anunció el profeta Isaías diciendo: «Voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”».

Este pasaje de Isaías, que los cuatro evangelistas aplican a la persona de San Juan Bautista, posee un profundo simbolismo que nos recuerda cuán oportuno es el mensaje del Precursor para nosotros. Llama la atención que el profeta ubique la misión de Juan «en el desierto». Debemos interpretar esta mención más propiamente en un sentido metafórico que físico: Juan gritaba y era oído por los que estaban «en el desierto», es decir, en el completo desprendimiento de todo lo que no conduce a Dios. Cuando alguien, por el contrario, está en medio del bullicio de la «ciudad», aferrado a lo que existe en ella: la vanidad, las máquinas, las relaciones humanas que apartan de la virtud, etcétera, permanece sordo a la voz que le invita a la conversión. Aunque a primera vista muchas de estas cosas puedan parecer legítimas, los que se apegan a lo que es lícito olvidándose de Dios, enseguida también estarán apegándose a lo que no lo es. En nuestro caso concreto, ¿cuántos afectos desordenados no estarán impidiéndonos que oigamos el clamor de San Juan, que se nos dirige a cada instante, ya sea por mociones interiores de la gracia en nuestra alma, ya sea por la acción de otros?



Daño Ialorenzi

San Juan Bautista -
Iglesia de Nuestra Señora
de la Merced, Salta (Argentina)

Exhortación a la integridad de vida

Cuando uno se apeg a algo ilegítimo, inmediatamente crea una doctrina para justificar ese mal camino que siguió. Puesto que el hombre es un monolito de lógica en cuanto a la coherencia de su conducta con su pensamiento, como reza la lapidaria frase de Paul Bourget, que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira cita en su célebre obra *Revolución y Contra-Revolución*: «Hay que vivir como se piensa, so pena de pensar, tarde o temprano, como se ha vivido».³ Si un individuo no quiere enmendarse —es decir, «allanar sus senderos»—, terminará pensando, de hecho, de acuerdo con la manera como vive. Por consiguiente, es indispensable que arranquemos las racionalizaciones de nuestra alma para caminar con rectitud por los caminos de Dios.

Juan Bautista no sólo exhortaba a la integridad sino que también daba ejemplo de ella con su vida, modelo de completa coherencia, y con sus costumbres, enteramente ajenas al común de las personas, como lo describe San Mateo en el versículo siguiente.

⁴Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

En aquella época —como, por cierto, también en la nuestra— las ropas no se hacían con piel de camello, porque es un material tosco y áspero al tacto. Por tanto, el vestido de San Juan debía causar extrañeza. Además, llevaba una correa de cuero a la cintura para demostrar que era virgen y practicaba la castidad. En cuanto a su alimentación, sólo consistía en saltamontes y miel silvestre, un dato que nos permite imaginar la clase de penitencia que hacía. Llevados por un acto reflejo de repugnancia, muchos de nosotros no soportaríamos comer uno de esos insectos si a ello fuésemos obligados.

El Precursor no sólo exhortaba a la integridad, sino que daba ejemplo de ella con su vida y sus costumbres, enteramente ajenas a la gente común

Los fariseos, queriendo dar la impresión de compartir el entusiasmo de la opinión pública por Juan, fueron a su encuentro



Predicación de San Juan Bautista -
Catedral de Bayona (Francia)

San Juan rasga el velo de las falsas apariencias

⁵Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán; ⁶confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

¿Qué fue lo que ocasionó ese movimiento popular en torno al Precursor que hacía que llegaran israelitas de todas las regiones de Palestina para estar con él? Entre otras razones, la prueba de que estaba diciendo la verdad. Y los que acogían sus palabras con buena disposición decidían empezar una nueva vida. Para dar ese paso, confesaban sus pecados y recibían el «bautismo de conversión» (Lc 3, 3), que no era el Sacramento que el Señor instituyó, sino un rito simbólico, una especie de sacramental que, mediante la penitencia, preparaba a las almas para recibir al Salvador.⁴ Era así como Juan reconducía a muchos «desobedientes, a la sensatez de los justos» (Lc 1, 17).

Sin embargo, al lado de esos que se convertían, estaban otros que no querían escuchar...

^{7a}Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo: «¡Raza de víboras!...».

Los fariseos y los saduceos, cuya influencia dominaba todo el panorama sociopolítico judaico de entonces, estaban siempre muy atentos a cualquier variación en la opinión pública, porque no les convenía perder el apoyo de las bases de la sociedad. El entusiasmo suscitado por la figura del Precursor en las multitudes que afluían a oírlo suponía para los miembros de uno y otro partido una amenaza a su poder. Resolvieron ir al encuentro de Juan con la intención de dar la impresión de que también habían adherido a esa oleada de fervor religioso. Sin embargo, como se creían perfectos hasta el punto de no tener pecado, su propósito no era el de confesar sus culpas, sino únicamente recibir el bautismo como un sello que los justificase a los ojos de la opinión pública.

Cuando el profeta los vio, «conoció que no venían con ánimo sincero, sino fingido y disimulado, cosa muy congruente con su manera de ser».⁵ Así que no dudó en reprenderlos llamándolos «raza de víboras». Y no debemos imaginar que San Juan dijo esto hablando bajito o de forma poco expresiva. Sin duda, tendría una voz potente que, por así decir, llegaba hasta las entrañas de los oyentes como si fuera el mismo Dios quien les hablase. En realidad, Juan, «lleno del Espíritu Santo» (Lc 1, 15), representaba a Dios y transmitía su voluntad.

Ahora bien, la serpiente fue el animal del que se valió Satanás, en el Paraíso, para llevar a Eva a pecar. Y el pecado marca tanto que, incluso siendo una criatura irracional, por tanto, sin libre albedrío, incapaz de tener culpa, la serpiente fue maldita por el Creador, convirtiéndose desde entonces en un símbolo de la maldad. Y «víbora» fue el título que San Juan les dio a los fariseos y saduceos por ser instrumentos de pecado para otros. Posteriormente, el Señor les repetirá esa misma censura (cf. Mt 12, 34; 23, 33) y añadirá otras aún más severas e incisivas.

La causa de perdición de otros

^{7b}«...¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente?»

A continuación el Precursor los amenaza y les recuerda la inminente ira de Dios. Cuan-

do dice «escapar del castigo», se refiere una vez más a los subterfugios elaborados por la conciencia del que aparenta ser santo ante los demás, pero vive de una manera que no es coherente con su exterioridad. Ésa era su situación, estaban más preocupados con el rol que representaban ante el pueblo que con el auténtico cambio de vida preconizado por San Juan Bautista. El que engaña a los demás de esta forma hace el papel de la serpiente que mintió a Eva; pertenece a la «raza de víboras» de los fariseos y de los saduceos y con ellos incurre en la ira divina.

⁸ «Dad el fruto que pide la conversión».

Cuando les está requiriendo esto, San Juan está afirmando tácitamente que los frutos producidos hasta entonces eran lo contrario de las obras de virtud. En efecto, los fariseos y los saduceos, cada uno a su manera, se aprovechaban de la fuerza de la palabra de Dios, de la cual decían ser transmisores, para engañar a los demás, desviándolos de la verdadera religión. A parte de esto, como no buscaban la perfección, daban el mal ejemplo típico de los hipócritas que «confiesen que conocen a Dios, pero lo niegan con sus obras» (Tit 1, 16). ¿Cuántas almas no habrán arrojado al infierno a causa de los escándalos provocados por su doble vida? El mismo Jesús señalaría más tarde la gravedad de ese pecado: «¡Ay de vosotros, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren» (Mt 23, 13). El día del Juicio Final, éstos, los que se condenaron, se levantarán para acusar a quienes fueron el motivo de su perdición.

De aquí se desprende una importante lección para nosotros: el que no tiene su propia alma en orden, no conduce a los demás hacia la virtud. La vida interior es fundamental para hacer el bien al prójimo, como enseña el excelente tratado *El alma de todo apostolado*: «Nuestra vida interior ha de llegar a ser como el tronco de un árbol lleno de savia robusta y nuestras obras han de constituir su verdor y lozanía. El alma del apóstol debe estar primeramente inundada e inflamada por el amor, a fin de que pueda luego encender las almas de los demás. Lo que ellos han visto, lo que ellos han contemplado con sus ojos, lo que ellos han tocado con sus manos, eso mismo enseñarán a los hombres (cf. 1 Jn 1, 1)».⁶



Fariseos ante el Precursor -
Catedral de Bayona (Francia)

No servirán de nada las apariencias...

⁹ «Y no os hagáis ilusiones, pensando: “Tenemos por padre a Abrahán”, pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras».

El Precursor recuerda, pues, que ante el divino Juez no sirve de nada invocar a las apariencias: «Tenemos por padre a Abrahán». Convincente argumento para los que asistían a la predicación, porque según la idea generalizada entre los judíos el simple hecho de descender de Abrahán ya garantizaba, de por sí, la salvación eterna. Ahora, si Dios puede hacer que de unas piedras nazcan hijos de Abrahán, la actitud que nos corresponde es la de invocar su gracia mientras estamos en este mundo. No obstante, nunca podremos decir que somos verdaderos «hijos de Abrahán» —esto es, herederos de la promesa hecha a él y a su descendencia, o sea, a Cristo (cf. Gál 3, 16)— si estamos abrazados al pecado, aunque lo ocultemos bajo la apariencia de virtud. Es lo que afirma el mismo

*¿Cuántas
almas no
habrán
arrojado al
infierno a
causa de los
escándalos
provocados
por su doble
vida?*

*Aquel que no
dio los frutos
que debía y
murió en la
enemistad
con Dios,
será arrojado
al horno*

Jesús: «Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán» (Jn 8, 39).

Por los frutos se conoce al árbol

¹⁰ «Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego».

Después de tan tremenda acusación pública, San Juan hace una advertencia usando la expresiva imagen del árbol estéril. Si el árbol que no produce buenos frutos sólo sirve para ser cortado y arrojado al fuego, cuanto más aquel cuyos frutos son malos o perjudiciales para los demás. Por ello, a veces es necesario una intervención de Dios para frenar el avance del mal; de lo contrario, el infierno continuaría llenándose de las criaturas que Él hizo para rendirle perfecta y eterna gloria en el Cielo. El hacha se encuentra ya en la raíz de los árboles, porque «en todo lugar los ojos del Señor observan malvados y honrados» (Prov 15, 3). Y el fuego eterno espera a los que viven en pecado, sin querer convertirse, y condenan a otros por su pésimo ejemplo.

Anuncio del Mesías que viene a salvar... y a condenar

¹¹ «Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego».

De repente, el discurso cambia de tono, porque la atención pasa a ser el Señor. Destaca la sub-

tancial diferencia entre el bautismo penitencial y el Sacramento que trae el Redentor y subraya su completa sumisión a Jesús, declarándose indigno de llevar sus sandalias, gesto que le correspondería a un simple esclavo. Coloca entonces la figura del Señor en su verdadero sitio de precedencia a los ojos del pueblo, dando muestras de humildad, que fue una constante en su misión de anunciador de Cristo: «Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar» (Jn 3, 30).

¹² «Él tiene el bieldo en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga».

Al concluir sus palabras, el Precursor revela quién será el ejecutor de la sentencia antes anunciada: el Mesías, el mismo que viene a salvar, bautizando «con Espíritu Santo y fuego», está presto a echar la paja «en una hoguera que no se apaga». En la hora del juicio se desvanecerá la ilusión de los que piensan que es posible hacer un «arreglillo» de última hora ante Dios e ir al Cielo, aunque haya llevado una vida contraria a los caminos del Señor. Ya no habrá más conmiseración ni condescendencia de parte del Creador: si el «árbol» no produjo lo que debía y murió en la enemistad con Dios, será arrojado «al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13, 42). Y no pensemos que basta el carácter de cristiano para librarnos de la desgracia eterna. Al contrario, es un agravante de nuestra condenación, pues implica un rechazo de la gracia aún mayor.



Gustavo Krahl

Condenados son llevados al infierno - Catedral de Notre Dame, París



«El Juicio final», de Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín

III – NUESTRA ESPERANZA DEBE ESTAR EN DIOS

Invitándonos a pensar un poco en esos acontecimientos de los que ninguno de nosotros escapará —la muerte y el juicio—, las palabras de San Juan en este segundo domingo de Adviento muestran la necesidad de cambiar de mentalidad. Si nos analizásemos honestamente, bajo el prisma del Evangelio, constataríamos cuántos principios mundanos dejamos entrar en el alma a lo largo del tiempo, iludiéndonos con una falsa seguridad y estabilidad. Puede ser, por ejemplo, entre tantas desviaciones, el igualitarismo nacido del orgullo, o bien el materialismo que hace vivir en función de la tecnología o del dinero. Desde esta perspectiva hemos de considerar la conversión a la que San Juan Bautista nos ex-

horta y prepararnos para el momento de la comparecencia ante el tribunal de Dios.

Un juicio que debemos afrontar con esperanza verdaderamente cristiana, es decir, con entera confianza en Dios y en los méritos de Jesucristo, nuestro Señor, que perdonará nuestros pecados y miserias siempre que, arrepentidos, lo reconozcamos. Si vivimos con esa disposición de alma, alcanzaremos la santidad, meta de cualquier bautizado, y lograremos la plena participación en la vida de Dios, como lo subraya la Oración del Día: «Dios todopoderoso, rico en misericordia, no permitas que, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, lo impidan los afanes terrenales, para que, aprendiendo la sabiduría celestial, podamos participar plenamente de su vida».⁷ ✧

*Debemos
estar
preparados
para el juicio
de Dios, pero
con entera
confianza en
los méritos de
Nuestro Señor
Jesucristo*

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. Suppl., q. 87, a. 2.

² Cf. GOMÁ Y TOMÁS, Isidro. *El Evangelio explicado. Introducción, Infancia y vida oculta de Jesús. Preparación de su ministerio público*. Barcelona: Rafael Casulleras, 1930, t. I, pp. 332; 403; FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro*

Señor Jesucristo. Infancia y Bautismo. Madrid: Rialp, 2000, t. I, p. 295.

³ BOURGET, Paul. *Le démon du midi*, apud CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei, 2002, p. 41.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. op. cit., III, q.38, a.3.

⁵ MALDONADO, SJ, Juan de. *Comentarios a los Cuatro Evangelios. Evangelio de San Mateo*. Madrid: BAC, 1950, t. I, p. 187.

⁶ CHAUTARD, OCSO, Jean-Baptiste. *El alma de todo apostolado*. 10.ª ed. Madrid: Ediciones Palabra, 2005, pp. 76-77.

⁷ SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO. «Ora-

ción colecta». In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino. 3.ª ed. Madrid: Libros Litúrgicos, 2016, p. 134.

¿Por qué se celebra la Navidad el 25 de diciembre?

Muchas personas se aventuran a explicar el motivo por el cual se conmemora el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo el 25 de diciembre. ¿Será ésta la verdadera fecha en que tuvo lugar tal acontecimiento?

✠ José Manuel Gómez Carayol



Innumerables acontecimientos han ocurrido desde que el hombre comenzó a habitar esta tierra. No obstante, son pocos los que, por su relevancia, merecen ser dados a conocer a las generaciones futuras. Tal vez por eso tantas personas hayan emprendido esfuerzos verdaderamente descomunales para lograr proezas que les proporcionaron algo de la tan anhelada meta: figurar en las perennes —y selectas— páginas de ese libro donde el mundo escribe sus memorias.

Se fueron sucediendo descubrimientos, invenciones y razonamientos; se libraron batallas; se llevaron a cabo conquistas... Sin embargo, nada de esto tuvo el mérito de dividir la Historia. Fue el nacimiento de un niño, episodio aparentemente sin importancia y desconocido por la casi totalidad de la gente de la época, el que marcó a la humanidad para siempre. En verdad, a excepción de la Pasión, es imposible imaginar algún hecho tan augusto como el de la nati-vidad de Nuestro Señor Jesucristo; del Dios que, por amor a nosotros y para redimirnos, quiso hacerse hombre.

Por lo tanto, no es un esfuerzo es-téril o irrelevante el delimitar, tanto

como sea posible, cuándo ocurrió ese momento crucial, que San Pablo sitúa en la «plenitud del tiempo» (Gál 4, 4). Le invitamos, pues, querido lector, a adentrarse en esas sendas delicadas, pero interesantísimas, envueltas en las brumas del misterio y perdidas en la noche de los siglos...

El año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo

Acostumbrados a situarnos en el vi-gésimo primer siglo *después de Cristo*, nos resulta difícil pensar en un calen-dario que no tenga como origen el na-cimiento del Salvador. Aunque esta re-ferencia fue entrando en el uso común poco a poco, durante la Edad Media.

No fue sino hasta el siglo VI cuando el monje Dionisio, el Exiguo —como él mismo le gustaba llama-rse por humildad, a pesar de ser no-tablemente culto—, decidió calcular cuándo se suponía que habría nacido el divino Infante. El religioso llegó a la conclusión de que el advenimiento del Señor tuvo lugar en el año 753 de la fundación de Roma, e hizo que el año 754 se correspondiera con el 1.º de la era cristiana, sin incorporar, por consiguiente, un «año cero».

Incluso sin ser inmediatamente co-nocida por todos, esta nueva forma de contar el tiempo se fue extendiendo por la cristiandad hasta convertirse en el calendario más difundido y usado en el mundo, con preferencia a otros pa-ralelos, como el de los judíos o el chino.

Lástima que el cómputo elaborado por Dionisio tuviera una pequeña im-precisión, quizá por error en el cálcu-lo de los años de gobierno de algún emperador. De hecho, en el Evange-lio se dice que el Señor nació durante el reinado de Herodes, quien ordenó la matanza de los santos inocentes a fin de que, junto con ellos, pereciera también el Mesías (cf. Lc 1, 5; Mt 2, 1.13-18). Se sabe, no obstante, que ese monarca falleció en la primavera del año 754 de la fundación de Roma. Por tanto, el nacimiento de Jesús debería haber ocurrido por lo menos cuatro años antes de Cristo...

Un segundo dato que aportan los Evangelios es que el Señor vino a este mundo en tiempos de César Augusto, el cual ordenó un empadronamien-to cuando Cirino gobernaba Siria (cf. Lc 2, 1-2). Sobre este detalle hay discusiones entre los estudiosos, pero se puede sustentar perfectamente que

el censo se realizó entre los años 8 y 6 a. C. Así pues, esperamos no decepcionar la piedad de algún lector al afirmar que la fecha más probable del nacimiento del Señor está situada entre los años 8 y 4 a. C.¹

¿Por qué el 25 de diciembre?

Ahora cabe preguntarse: ¿Y en cuanto al 25 de diciembre? ¿Existe alguna razón histórica que justifique la elección de ese día para la celebración de la Navidad?

La respuesta no está exenta de dificultad. Antes de nada, parece que la fecha no gozaba de mucha relevancia entre los primeros cristianos, ya que no celebraban los cumpleaños. Para ellos, el *dies natalis* —el verdadero natalicio— era el día de la muerte, ocasión en la que la persona cerraba los ojos para esta vida y los abría para el Cielo. Un reflejo de esta costumbre se encuentra en la liturgia, la cual, en la mayoría de los casos, celebra las memorias y fiestas de los santos en la fecha de su muerte.

Esto, no obstante —repetimos—, ocurre en la mayoría de los casos, y no en todos. Hay algunos nacimientos que, por su excelencia, se conmemoran en la Iglesia: el de San Juan

Bautista, por haber nacido ya limpio del pecado original; el de la Santísima Virgen, inmaculada desde su concepción; y —como no podía dejar de ser— el de Nuestro Señor Jesucristo. Dada la importancia para la religión católica de la venida de Dios a la tierra, el propio Evangelio de San Juan equipara la teología de la Encarnación a la de la Pascua, presentándolas como «los dos centros de gravedad de una misma fe en Jesucristo».²

Además, la Iglesia no celebra la Navidad como un mero recuerdo de lo que sucedió hace más de dos mil años; no se trata de un cumpleaños. A través de la liturgia, el Cuerpo Místico de Cristo sigue la vida sacerdotal de su Cabeza,³ reviviendo los misterios que por entonces ocurrieron, haciéndolos presentes y pudiendo

Considerando varios datos históricos, la fecha más probable del nacimiento del Señor puede situarse entre los años 8 y 4 a. C.

participar de las mismas gracias recibidas por los que estaban en la gruta de Belén, como María, San José o los pastores. Jesús nace de nuevo cada año, en el corazón de los fieles.

De todos modos, aunque sea difícil afirmar que la fiesta no fuera celebrada de alguna forma desde el inicio del cristianismo, las referencias al día 25 de diciembre como fecha de la solemnidad de la Navidad son bastante escasas hasta el siglo IV, y presentan cierta dificultad para los historiadores.⁴ Ante la falta de documentos, empezaron a surgir las hipótesis.

La teoría de la fiesta del Sol invicto

Una explicación muy difundida es la de que esa fecha correspondería a una celebración pagana existente en Roma: el día del Sol invicto, instituida por el emperador Aureliano en el 274 d. C. La Natividad del Señor, verdadero «Sol de justicia» (Mal 3, 20), se habría asimilado a la festividad de un dios falso, con el objetivo de eliminarla.⁵

Sin embargo, esta especulación no satisface a todos por varias razones. Analizando la psicología de los cristianos de aquella época, uno se pregunta: ¿Mancillarían una fiesta tan sublime, encajándola en una festividad pagana? Encontrándose, no hacía



Censo de Cirino - Iglesia de San Salvador en Chora, Estambul. En la página anterior, calendario perpetuo de la catedral de Messina (Italia)

mucho, perseguidos por los romanos y prefiriendo derramar su sangre que quemar un poco de incienso a los ídolos, ¿habrían consentido en tomar tal fecha para la solemnidad de la Navidad? Estos y otros motivos llevaron a autores como el cardenal Ratzinger, futuro papa Benedicto XVI, a afirmar que «hoy resultan insostenibles las antiguas teorías según las cuales el 25 de diciembre había surgido en Roma en contraposición al mito de Mitra, o también como reacción cristiana ante el culto del Sol invicto».⁶ En la obra que citamos, el entonces purpurado prefirió defender otra teoría,⁷ quizá la más poética y teológica de todas.

La perfección del simbolismo

Esta hipótesis parte de la simbología e interpretación de los números. Según una tradición antiquísima, la creación del mundo habría empezado un 25 de marzo, fecha en la que los primeros cristianos pensaron que debía coincidir con la de la nueva creación, es decir, la muerte del Señor en el Calvario. Ahora bien, consideraban ellos, convenía que Cristo pasara en esta tierra un número exacto de años. Por eso, no sólo su Pasión, sino también su concepción tuvo que haber tenido lugar un 25 de marzo. Sumando a esto los nueve meses de gestación —igualmente exactos, tratándose del embarazo de María— se llegó a la conclusión que la Navidad había ocurrido el día 25 de diciembre.

Argumentando que esta tradición estaba muy extendida entre los fieles incluso antes del ascenso del emperador Aureliano, Ratzinger y los otros autores que comparten la misma opinión cuestionan la teoría del *Sol invictus*.

No obstante, históricamente, ¿esto es suficiente para afirmar con toda certeza que Jesucristo nació el 25 de diciembre? Tal vez necesitemos más datos.



«Virgen de la Anunciación», de Giovanni del Biondo – Instituto de Arte Detroit (Estados Unidos)

*Se cree que el Señor
fue concebido el
25 de marzo,
fecha en la que,
según la tradición,
se inició la creación
del mundo*

La concepción de San Juan Bautista

Otra corriente calcula el período en el que habría nacido el Salvador con base en los Evangelios. Los cuatro hagiógrafos, sin embargo, no sugieren ninguna fecha específica para el advenimiento del Mesías. Lo que sabemos por sus escritos es que, en el sublime momento de la Anunciación a Nuestra Señora —y, en consecuencia, de su virginal fecundación—, el arcángel San Gabriel mencionó el estado de su prima Santa Isabel. Ésta había concebido un hijo, y ya estaba en el sexto mes aquella que todos consideraban estéril (cf. Lc 1, 36). En nueve meses nacería el Salvador.

Ahora bien, computando el tiempo que va desde la concepción de San

Juan Bautista —seis meses *antes* de la Anunciación— hasta la Natividad del Señor —nueve meses *después* de la Anunciación—, obtenemos la suma de quince meses. En otras palabras, el Precursor fue concebido un año y tres meses antes de que Jesús naciera. Si descubrimos con exactitud la fecha en que Santa Isabel se quedó embarazada, será fácil definir la del nacimiento de Cristo. Pero ¿cómo hallaremos el día de la concepción del Bautista?

Aunque Isabel y su marido deseaban tener descendencia, esto les era imposible por su esterilidad y por la avanzada edad de ambos. Con todo, un día, mientras Zacarías «oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, según la costumbre de los sacerdotes, le tocó en suerte a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso» (Lc 1, 8-9). En esta ocasión, el ángel del Señor se le apareció para comunicarle que las súplicas de los dos habían sido escuchadas: su esposa tendría un hijo.

Se sabe que los sacerdotes se alternaban en el servicio del Templo, por grupos, dos veces al año. Zacarías pertenecía al octavo turno, el de Abías (cf. Lc 1, 5). Según una antigua tradición cristiana que se remonta, al menos, al siglo II, él ejerció sus funciones sacerdotales durante la festividad judía del Yom Kipur, el día de la expiación, que se celebraba a finales de septiembre. Sumando a eso quince meses, llegamos a los últimos días de diciembre, cuando el Señor nacería. Entre los más férreos defensores de esta tesis se encuentra San Juan Crisóstomo,⁸ Patriarca de Constantinopla, que se vale de la misma argumentación para asentar la Navidad en el día 25, tal y como aún hoy lo celebramos.⁹

La Navidad en la liturgia

Está claro que, después de veinte siglos de tales acontecimientos, querer definir de manera indiscutible la

fecha de la Navidad se convierte en una tarea muy difícil, por no decir imposible. Ojalá sea ésta una de las muchas preguntas que podremos hacer cuando, por la misericordia de Dios, lleguemos al Cielo y le pidamos a la Virgen que nos cuente un poco la historia que rodeó los maravillosos y misteriosos días en que el «Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

Por ahora, nos tenemos que limitar a saborear al máximo las migajas que el tiempo no ha devorado, a fin de conocer tanto como posible el origen de esta solemnidad que, junto con la Pascua, constituye la principal festividad de la religión verdadera.

Sin embargo, mucho más que una simple realidad histórica, la celebración de la Navidad el día 25 de diciembre encierra una profundísima

En el momento en que el poder de las tinieblas estaba a punto de sofocar el día, nació Nuestro Señor Jesucristo, la «Luz del mundo»

realidad teológica. La Providencia quiso que se conmemorara en el período en que, en el hemisferio norte, tiene lugar el solsticio de invierno —día del año en donde la noche tiene una duración más prolongada— para reflejar mejor el modo de actuar de Dios en la Historia.

En el momento en que la oscuridad del pecado y de la muerte parecía dominar el universo entero, y el poder de las tinieblas estaba a punto de sofocar el día, nació Nuestro Señor Jesucristo, la «Luz del mundo» (Jn 8, 12), que brilla en las tinieblas y a la que éstas no pueden dominar (cf. Jn 1, 5). En esa noche se decretó una sentencia de exterminio contra el imperio de la serpiente, empujado a retroceder ante los rayos abrumadores del Sol de Justicia. El divino Infante empezó, pues, en la Navidad la más bella de las conquistas: la Redención del género humano, que —por desobediencia— se había hecho esclavo del pecado.

Así actúa Dios en la Historia. Cuando parece que el mal está ganando, es señal inequívoca de que se acerca su fin, porque ha llegado la hora de la intervención divina. ✧

¹ Cf. DI BERARDINO, Angelo (Dir.). *Patrología*. Madrid: BAC, 2000, t. IV, pp. 237-239; LEAL, SJ, Juan; PÁRAMO, SJ, Severiano; ALONSO, SJ, José. *La Sagrada Escritura. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, t. I, pp. 570-571.

² RATZINGER, Joseph. *El espíritu de la liturgia. Una introducción*. Madrid: Cristiandad, 2001, p. 129.

³ Cf. PÍO XII. *Mediator Dei*, n.º 2-3.

⁴ La alusión más antigua al día 25 de diciembre que ha llegado hasta nosotros es de San Hipólito (cf. *Commentaire sur Daniel*, IV, 23: SC 14, 307), en una obra escrita entre los años 202 y 204. No obstante, muchos autores discuten la autenticidad del fragmento donde se menciona la fecha.

⁵ Cf. RIGHETTI, Mario. *Historia de la liturgia*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1955, t. I, p. 689.

⁶ RATZINGER, op. cit., p. 130.

⁷ Cf. Ídem, pp. 131-133. Véase también: BRADSHAW, Paul. *La Liturgia cristiana en sus orígenes*. Paris: Du Cerf, 1995, pp. 227-229.

⁸ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilia in diem natalem*

Domini Nostri Jesu Christi, n.º 4: PG 49, 356-358.

⁹ Con base en los descubrimientos de Qumram, algunos estudiosos sustentan que la segunda semana del servicio del turno de Abías realmente ocurría a finales de septiembre (cf. FEDERICI, Tommaso. *25 dicembre, una data storica*. In: www.30giorni.it).



¡Alto el fuego!

Reproducción

Muerte y destrucción azotaban al continente europeo, en plena Gran Guerra, cuando la fuerza de la fe en algunos corazones ocasionó una escena inédita en medio de las trincheras.



✠ Hna. Antonella Ochipinti González, EP

El final de siglo XIX reveló una civilización occidental fascinante, que parecía haber realizado todos los sueños de riqueza y esplendor hasta entonces inimaginables. Al frente del brillante ejército prusiano, Otto von Bismarck afirmaba: «Estoy aburrido, las grandes cosas ya han sido conquistadas»; Alemania se afamaba con un milagro industrial; la riqueza intelectual y cultural de Francia convertía París en el centro de todas las miradas, dando lugar al refrán popular: «Tan feliz como Dios en Francia»; Inglaterra poseía pleno poder sobre los mares; la corte del Imperio ruso relucía en suntuosidades; los jóvenes y prósperos Estados Unidos de América se desarrollaban con vigor. Poetas, científicos, filósofos y magnates formaban la flor de una humanidad cuyas interrelaciones parecían pacíficas.

Con este estado de espíritu los hombres cruzaron el umbral del siglo XX. Sus corazones, no obstante, otrora ligados todavía al Cielo por influencia de la Santa Iglesia, bajo el engañoso encanto del éxito y de

la prosperidad, se fueron apegando a esta tierra y distanciándose de su Creador. Ahora bien, así como la Luna no es más que un insignificante cuerpo sumergido en tinieblas sin la magnificencia de los rayos solares, así también los hombres se hunden en horrores cuando no son iluminados por la luz de la gracia divina... Los oscuros errores de aquella sociedad no tardaron, por tanto, en manifestarse.

Una muerte, presagio de muchas otras

Junio de 1914. El archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, había inspeccionado los ejercicios de verano de algunos cuerpos del Ejército Imperial en Bosnia y presenciado las maniobras militares junto con dos de sus mejores generales, y el día 28 se dirigió a la capital, Sarajevo. Mientras paseaba por la ciudad en coche abierto, sufrió un atentado que puso fin a su vida y a la de su esposa, Sofía.

Lo que algunos imaginaban y quizá otros ni siquiera sospechaban es que este episodio, aparentemente

significativo tan sólo para el Imperio austrohúngaro, abría un nuevo capítulo en la Historia. Aquella aparente paz mundial que, en el fondo, escondía una creciente tensión entre las potencias, llegaba a su fin allí. El asesinato de ese matrimonio presagió incontables muertes más que ocurrirían en una inmensa convulsión internacional nunca vista entre los hombres: la Primera Guerra Mundial, entonces conocida como la Gran Guerra.

Parece desproporcionado que el magnicidio de Sarajevo desencadenara un acontecimiento tan trágico y de tanta amplitud. Ésta ha sido una cuestión muy valorada a lo largo de las décadas, y sobre la cual los historiadores han planteado numerosas hipótesis. No obstante, lo cierto es que la ambición de figuras clave en el gobierno de las naciones europeas encontró en esta ocasión una excelente oportunidad para servir a sus intereses.

Comienza la guerra

La declaración formal de guerra del Imperio austrohúngaro contra Serbia tuvo lugar el 28 de julio de

1914. Al cabo de ocho días, ocho países, entre ellos cinco de las seis grandes potencias de Europa, estaban en guerra con al menos uno de sus vecinos. En poco tiempo la política de las alianzas, movida por las hostilidades y conveniencias de cada nación, dio origen a dos conocidos bloques beligerantes, formados por un lado por Alemania y Austria, y por otro, por Francia, Inglaterra, Rusia y, más tarde, Estados Unidos.

Millones de hombres vistieron sus uniformes al comenzar los enfrentamientos imaginando que tal empresa no duraría mucho... ¡Qué engañados estaban! Aquella tragedia se extendería cuatro largos años y terminaría arrasando el continente europeo, arrojando al barro de las trincheras el mencionado esplendor que había caracterizado la *Belle Époque*.

Ejércitos atrincherados

En el frente occidental, Alemania avanzaba rápidamente con su característica disciplina y eximia logística. Treinta y siete días después del asesinato del archiduque Francisco Fernando, las primeras tropas alemanas cruzaban la frontera francesa, tras haber invadido Bélgica, que se había opuesto a su paso. Allí, soldados franceses y británicos se habían unido para enfrentarlas. Empezaba la batalla de las Fronteras que, siendo el simple comienzo de los combates, provocó una calamitosa suma de 260.000 bajas.

Entre avances y retiradas, en la batalla del Marne, que ocurrió en septiembre de 1914, el ejército franco-británico logró repeler a los alemanes, que ya estaban a punto de invadir París, y los obligó a refugiarse en el valle del Aisne. En determinado momento, no obstante, una serie de fracasadas maniobras de flanco dejó a ambos contendientes

sin espacio para avanzar... Por eso fueron obligados a construir trincheras y, en noviembre, ya habían excavado líneas continuas de ellas, que se extendían desde el mar del Norte hasta la frontera con Suiza.

En esta denominada «tierra de nadie», el avance de tropas se había estancado, pero el intercambio de disparos era incesante. Soldados heridos y muertos yacían dispersos. La humanidad estaba aterrada. Hacía tiempo que no se veía semejante calamidad: familias rotas, casas perdidas, abundante sangre derramada...

Ante esta triste situación, surgían los intentos por alcanzar un tratado de paz. Un grupo de 101 señoras británicas firmaron una *Carta abierta de Navidad*, un mensaje público de paz dirigido principalmente a las mujeres alemanas y austriacas; y el 7 de diciembre, el papa Benedicto XV propuso una tregua oficial entre los ejércitos: «Que los cañones callen al menos en la noche en la que los ángeles cantan». Todo en vano, porque las peticiones fueron rechazadas. La guerra continuaría.



De pronto, los centinelas vieron unas luces en el campo vecino: los soldados alemanes estaban improvisando una celebración navideña

«La Navidad de los soldados», de Carl Röchling. En la página anterior, soldados alemanes en la guerra de trincheras, de Félix Schwormstädt

Canciones navideñas en plena batalla

Un hecho inesperado, sin embargo, vino a traer a aquellos monótonos días de sangre un poco de la paz tan anhelada.

Tras largas horas de enfrentamiento, unos soldados británicos cansados y cubiertos del barro de las trincheras contemplaban el anochecer. Los disparos habían cesado, las estrellas brillaban. Algunos estarían tal vez curándose las heridas, otros limpiando sus armas; todos, a pesar de la enorme tensión, intentaban descansar. De pronto, los centinelas vieron unas luces en el campo vecino. En poco tiempo, la insólita escena llamó la atención de varios hombres que estaban en refugios y también se pusieron a observar lo que ocurría. Era la noche del 24 de diciembre.

Enseguida, todos se dieron cuenta de lo que estaba pasando: los alemanes, tocados por las gracias propias al nacimiento del Salvador, habían improvisado una celebración en pleno campo de batalla. Aún asombrados, ¡los ingleses oyeron el *Noche de paz*! Rindiéndose a la misma gracia, éstos también comenzaron a cantar un villancico. La hostilidad existente entre los dos ejércitos se disolvió por un momento, como por arte de magia...

Un soldado raso presente en esa ocasión, Graham Williams, de la brigada de fusileros de Londres, así describe la escena: «De repente, comenzaron a aparecer luces a lo largo del parapeto alemán, que evidentemente eran improvisados árboles de Navidad, adornados con velas encendidas, que ardían constantemente en el aire silencioso y gélido. Otros centinelas, por supuesto, habían visto lo mismo, y rápidamente despertaron a los que no estaban de guardia, dormidos en los refugios [...]».

Entonces nuestros adversarios empezaron a cantar “*Stille Nacht, Heilige Nacht*”. [...] Terminaron su villancico y nosotros pensamos que debíamos “contratacar” de alguna manera, así que nos pusimos a cantar *The First Nowell*. Cuando acabamos, todos ellos comenzaron a aplaudir; y luego empezaron otro de sus favoritos, *O Tannenbaum*. Y así seguimos. Primero los alemanes cantaban uno de sus villancicos y después nosotros, uno de los nuestros; hasta que empezamos el *O Come All Ye Faithfull* e inmediatamente se unieron a nosotros, cantando el mismo himno, pero con la letra en latín: “*Adeste fideles...*”». Graham concluye diciendo: «Y pensé, bueno, esto es realmente extraordinario —dos naciones cantando el mismo villancico en medio de una guerra».¹

Centro de la Historia, Príncipe de la paz

En ese ambiente lleno de alegría, un soldado alemán se aventuró a salir de la trinchera en son de paz. Su actitud infundió confianza en el resto y enseguida todos saltaron desarmados de sus escondrijos, a fin de saludarse e intercambiar

regalos, como chocolatinas, tabaco y *souvenirs*. Jugaron y cantaron juntos, además de conmemorar la Navidad asistiendo a una misa bilingüe, celebrada por un sacerdote escocés. También devolvieron los cuerpos de los combatientes fallecidos e incluso realizaron funerales conjuntos.

El capitán Robert Miles, de la infantería ligera de Shropshire, contó igualmente lo sucedido aquella noche mediante una carta publicada posteriormente en el *Daily Mail*: «Viernes. Estamos teniendo el día de Navidad más extraordinario que se pueda imaginar. Existe una especie de tregua no ordenada y absolutamente desautorizada, pero perfectamente comprendida y observada escrupulosamente entre nosotros y nuestros amigos de enfrente».

De hecho, la paz —tan idolatrada hoy en día— sólo puede obtenerse a través de la fe cristiana. Bajo su resplandor se desvanecen todas las seudorrazones dictadas por el egocentrismo para justificar el error. Aquellas canciones navideñas colmadas de piedad aclaraban, aunque fuera por un momento, las conciencias: «¿Para qué las peleas? ¿Qué motivo hay para tanta enemistad? ¿No somos todos hijos del mismo Dios?». Las rivalidades, pues, desaparecían. Eran restos de cristianismo que palpitaban en el fondo de los corazones de aquellos que, a pesar de las circunstancias, aún consideraban a Nuestro Señor Jesucristo el verdadero centro de la Historia.

¡Deseemos la verdadera paz!

«*Lux in tenebris lucet*» (Jn 1, 5), afirma San Juan Evangelista a propósito del nacimiento del Señor. Y para la humanidad de todos los tiempos, la festividad de Navidad viene siempre cargada de luces y promesas.

En efecto, en este año que estamos viviendo, tan amenazado por guerras, convulsiones y terror, ¿qué pediremos ante el Pesebre? Ciertamente el final de tantos conflictos, responderán algunos. La petición más perfecta, sin embargo, quizá no sea ésta. Tal vez le agrade más a Dios que le imploremos la conversión sincera de todos los corazones —empezando por el nuestro— a su divino Hijo, Rey Pacífico: en tal caso, la humanidad alcanzará la tan anhelada, necesaria y propagada paz en la fuente inagotable donde realmente se encuentra. ✧



Enseguida todos los soldados saltaron desarmados de sus escondrijos, a fin de saludarse e intercambiar regalos

Soldados alemanes e ingleses en la «Tregua de Navidad», el 25 de diciembre de 1914

¹ BROWN, Malcolm. The Christmas Truce 1914: The British Story. In: FERRO, Marc et al. *Meetings in No Man's Land. Christmas 1914 and Fraternization in the Great War*. London: Constable & Robinson, 2007, p. 29.

Paz: precioso don de la Navidad

¡O *beata nox!* Sí, bendita noche que presencié el nacimiento de un Niño que inauguró una nueva era histórica. En aquella noche le fue ofrecido a la humanidad un don precioso que no le sería retirado ni siquiera cuando ese Niño regresara a la eternidad: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 27). [...]

Todas las palabras de Jesús son de vida eterna y misteriosamente atractivas, pero al ser recordadas junto al Pesebre nos llevan a desear adentrarnos en su significado, especialmente las que se refieren a la paz que llegó hasta nosotros aquella noche. ¿Cuál será su naturaleza? Es la paz que toda criatura humana anhela con ansias, aunque a menudo se busca donde no está y, más aún, se yerra en cuanto a su verdadero contenido y sustancia.

¿No se encontrará en este concepto erróneo la causa principal de que el mundo esté casi siempre inundado de guerras y catástrofes a lo largo de varios milenios? Todo ello fruto de la pseudo paz que el mundo nos ofrece, bastante diferente de la que los ángeles cantaron a los pastores en aquella bendita noche de Navidad. [...]

Sobre el mismo asunto así se expresaba Benedicto XVI: «En primer lugar, la paz se debe construir en los corazones. Ahí es donde se desarrollan los sentimientos que pueden alimentarla o, por el contrario, amenazarla, debilitarla y ahogarla. Por lo demás, el corazón del hombre es el lugar donde actúa Dios. Por tanto, junto a la dimensión “horizontal” de las relaciones con los demás hombres, es de importancia fundamental la dimensión “vertical”

de la relación de cada uno con Dios, en quien todo tiene su fundamento».¹

Por tanto, en medio de las numerosas tragedias actuales, ahora más que nunca, resuenan en nosotros en esta Navidad los cánticos de los ángeles, como otrora sucedió con los pastores. Nos ofrecen a cada uno de nosotros en particular la verdadera paz, invitándonos a subordinar nuestras pasiones a la razón y ésta a la fe. También nos ofrecen el final de la lucha civil, de la lucha de clases y de las propias guerras entre las naciones, con la condición de que observen cuidadosamente los requisitos impuestos por la jerarquía y la justicia. En síntesis, para que recibamos de los ángeles ese ofrecimiento que tanto ansiamos, es indispensable estar en orden con Dios, reconociéndolo como nuestro Legislador y Señor y amándolo con total entusiasmo.

Es lo que, con tanta lógica y unción, comenta San Cirilo: «No lo mires simplemente como a un niño que fue depositado en un pesebre, sino que en nuestra pobreza hemos de verlo rico como Dios, y por esto es glorificado incluso por los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Pues los ángeles y todas las potencias superiores conservan el orden que les ha sido dispensado y están en paz con Dios. En modo alguno se oponen a lo que le place, sino que están establecidos firmemente en la justicia y la santidad. Nosotros somos desgraciados al colocar nuestros propios deseos en oposición a la voluntad del Señor, y nos hemos puesto en las filas de sus enemigos. Esto ha sido abolido por Cristo, pues Él mismo es nuestra paz



Angellis David Ferreira

Niño Jesús recién nacido con la Santísima Virgen y San José - Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Tampa (Estados Unidos)

y nos une por su mediación con Dios Padre, quitando de en medio el pecado, causa de enemistad, justificándonos con la fe, y llamando cerca a los que están lejos.² [...]

Y con no menos espiritualidad añade San Jerónimo: «Gloria en el Cielo en donde no hay jamás disensión alguna, y paz en la tierra en la que no haya a diario guerras. “Y paz en la tierra”. Y esa paz, ¿en quiénes? En los hombres. [...] “Paz a los hombres de buena voluntad”, es decir, a quienes reciben a Cristo recién nacido».³ ✧

Extraído de: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «¡Gloria y paz!».

In: *Lo inédito sobre los Evangelios*.

Città del Vaticano-Lima:

LEV; Heraldos del Evangelio;

2014, t. I, pp. 99-106.

¹ BENEDICTO XVI. *Mensaje con ocasión del XX Aniversario del Encuentro Interreligioso de Oración por la Paz*, 2/9/2006.

² SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA. *Explanatio in Lucæ Evangelium*, c. II, v. 7: PG 72, 494.

³ SAN JERÓNIMO. «Homilía de Nativitate Domini». In: *Obras Completas. Obras Homiléticas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2012, t. I, p. 959.



Presencia regia y victoriosa del divino Infante

¡Cuán semejante es el mundo actual a aquel de la primera Navidad! Todo parecía desmoronarse; no obstante, almas repartidas por la tierra esperaban una restauración. ¿No vendrá, también a nosotros, un acontecimiento que nos libere del horror en el que nos encontramos?

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



¡Un Niño está a punto de nacer en Belén! ¿Qué decir de este acontecimiento? Cuando el Verbo se encarnó y habitó entre nosotros, ¿cuál era la situación de la humanidad? Ciertamente, bastante parecida a la de nuestros días.

En un mundo pagano, algunas almas esperaban la restauración

A pesar del pecado de Adán y Eva, había una especie de inocencia patriarcal de las primeras eras de la humanidad, que fue dejando vestigios cada vez más raros a lo largo de la Historia. Y alguna que otra persona de aquí, allá o acullá, aún reflejaba esa rectitud primitiva. Se trataba de hombres aislados que no se conocían —porque no tenían contacto entre sí— y, en consecuencia, no formaban un todo, pero que eran nostálgicos de un pasado tan lejano que quizá ni siquiera tuvieran de él un conocimiento umbrático. Miraban el estado de la humanidad de su tiempo, que presentaba una decadencia terrible, confirmada por lo que había de poderoso y lleno de vitalidad: el Imperio romano.

Éste era el más quintaesenciado, el último y más alto producto del progreso. Sin embargo, no duraría mucho a causa de su libertinaje y le tocaría el final ignominioso de ser pisoteado por los bárbaros, a quienes los romanos despreciaban y consideraban hechos para ser esclavos suyos, pero que acabarían siendo sometidos por ellos.

En aquella víspera de Navidad, algunas almas fieles sentían que algo estaba a punto de ocurrir: o el mundo se acababa, o Dios intervenía

Este poderoso Imperio había dominado a un mundo podrido. Y si fue tan fácil dominarlo, en gran parte se debió a que todavía había algo sano. Al devorar el mundo, el Imperio engulló la podredumbre; y al deglutir la conquista, ésta mató al conquistador.

Todos los vicios de Oriente fluyeron en Roma como torrentes y la alcanzaron. Así pues, transformada en una cloaca, en una letrina, propagaba, a su vez —multiplicada y aumentada—, aquella corrupción.

No obstante, algunas almas oprimidas por esa situación sentían que algo estaba a punto de suceder y entendían que o bien el mundo se acabaría, o bien la Providencia de Dios intervendría. La desventura y la angustia de estas almas habían llegado a un punto crítico la víspera de Navidad. Vivían el final de una era en sus estertores, pero bajo las apariencias de paz, y nadie se hacía una idea de cuál podría ser la salida.

He aquí que, en aquella Nochebuena, tan terriblemente opresiva para todos, en una gruta en Belén había un matrimonio de castidad inmaculada; la virgen esposa, sin embargo, sería madre. En esa gruta, mientras se rezaba en profundo recogimiento, el Niño Jesús vino a la tierra.

Auténtica adoración

Los pastores, que recordaban la antigua rectitud, al ver aparecerse los

ángeles cantando y anunciándoles la primera noticia —«Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14)— se quedaron encantados y se dirigieron al Pesebre, llevándole sus humildes regalos al Niño Jesús. Tenía lugar el magnífico acto de adoración inicial, el cual bien podríamos llamar el acto de adoración de la tradición.

Representaban la tradición de la rectitud pastoril. Al llevar una vida recatada, al margen de la podredumbre de aquella civilización, a los pastores les fue anunciado primeramente el gran acontecimiento: «*Puer natus est nobis, et filius datus est nobis* – Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9, 5).

Tiempo después, en el otro extremo de la escala social, llegaba también una caravana; era otra maravilla. Una estrella peregrina en el horizonte y, del fondo de los misterios pútridos de Oriente, hombres sabios, magos, ceñidos de corona regia, se trasladaban desde sus respectivos reinos.

Imaginemos que, en un momento dado, estos grandes monarcas se encontraron y se veneraron recíprocamente. Sin duda, cada uno les contó a los demás de dónde venía, y los tres se alegraron al ver que los unía la misma convicción, la misma esperanza y la llamada para recorrer el mismo itinerario. Finalmente, llegaron juntos a la gruta, portando las tres culminaciones de sus correspondientes países: oro, incienso y mirra. Y volvieron a rendirle otra adoración al Niño Jesús. Ya no era la tradición de los más humildes, sino de los más elevados.

Esto es lo interesante de la tradición: de tal modo está hecha para todos que posee una manera propia de residir en todos los estratos sociales. En la burguesía se manifiesta sencillamente en la estabilidad; en la nobleza, por la continuidad en la gloria; en el pueblo llano, por la continuidad en la inocencia. Ahora bien, estos reyes, ápices de la nobleza de sus respectivos países, llevaban junto a la dignidad real otra elevada honra: la de ser magos. Eran hombres sabios, habían es-

tudiado con espíritu de sabiduría y, en el instante en que recibieron la orden: «Id a Belén, y allí tendréis realizadas vuestras esperanzas», sus espíritus se encontraban preparados por todo lo que conocían acerca del pasado.

Enseguida irrumpe la persecución

De inmediato, se desató la persecución. En mi opinión, no sería razonable, en estas circunstancias, meditar sobre la Navidad sin tener en cuenta la matanza de los inocentes, tragedia que acompaña tan de cerca la celestial paz, la serenidad magnífica y toda ella impregnada de sobrenatural del *Stille Nacht, Heilige Nacht*. Aquella cruel matanza tiñó de sangre la tierra, que más tarde se volvería sagrada, porque aquel Niño había derramado allí su sangre sacrosanta. Tan pronto como Él se manifestó, la espada asesina de los poderosos se movió contra Él; cuando tales maravillas se afirmaron, el odio de los malos se levantó contra ellas como una chusma.

A menudo, la matanza de los inocentes es considerada de un modo humanitario. No hay duda de que esta ponderación tiene cabida. Eran inocentes y fueron asesinados, se trata de niños cobardemente aniquilados. Sin embargo, esta apreciación justa y llena de compasión empaña, en el espíritu moderno y naturalista, la consideración más importante: aquella masacre era el prenuncio del deicidio, porque, habiendo recibido la infor-

*Tan pronto como
Jesús se manifestó,
el odio de los malos
se levantó contra Él
y la espada asesina
de los poderosos se
movió para matarlo*

Gustavo Kralj



«La matanza de los Santos Inocentes», de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

mación de que nacería el Mesías, el rey de los judíos tuvo la intención de matarlo y, por eso, ordenó el asesinato de todos los niños.

Aunque no tuvieran plena conciencia de que Él era el Hombre Dios, de una forma u otra su intención era llegar, si no a Dios, al menos a su enviado.

Ayer y hoy el mundo agoniza

¡Cuán parecida es nuestra vida con la de los hombres que vivieron la víspera del «*Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*»! El mundo de hoy agoniza como agonizaba el de la víspera del nacimiento del Señor. Todo es desconcertante, locura y delirio. Todos buscan aquello que cada vez más se les escapa, como el bienestar, la vidita acomodada, el goce infame, las treinta monedas con las cuales

cada uno vende al divino Maestro, que implora la defensa y el entusiasmo de quienes ha redimido.

Es muy probable que en estas condiciones haya, en la inmensidad de la tierra, algún hombre gimiendo al presenciar cómo se deshace el mun-

*En los días actuales,
¿no vendrá a nosotros
un acontecimiento
enorme que nos libere
también de todo
el horror en el que
nos encontramos?*

do; es la debacle de la cristiandad o, por desgracia, más bien, una terrible crisis en la Santa Iglesia inmortal, fundada y asistida por Nuestro Señor Jesucristo, que de tal manera está en declive que si supiéramos que es mortal, seríamos llevados a decir que está muerta.

Yo me pregunto: ¿no vendrá a nosotros un acontecimiento enorme, quizá de los más grandes de la Historia —aunque infinitamente pequeño comparado con la Santa Navidad—, que nos libere también de todo el horror en el que nos encontramos?

¿Qué darle y qué pedirle al Niño Jesús?

A los pies del Pesebre, si Dios quiere, celebraremos la Santa Navidad, y debemos llevarle nuestros regalos al Niño Jesús, como hicieron los Reyes Magos y los pastores. Pero ¿qué le damos? El mejor regalo que Él quiere de nosotros es ¡nuestra propia alma, nuestro corazón! El divino Infante no desea otro regalo de nuestra parte sino ése.

Alguien dirá: «¡Qué irrisorio regalo, darme yo mismo a Él!». ¡No es verdad! Si Jesús nos toma en sus manos divinas, nos convertirá en vino como hizo con el agua en las bodas de Caná, y seremos otros. Digámosle: «Señor, ¡transfórmame! *“Asperges me hyssopo et mundabor: lavabis me, et super nivem dealbabor”* — Rocíame con el hisopo y quedaré limpio; lávame y quedaré más blanco que la nieve” (Sal 50, 9). Tu regalo, Señor, es la criatura que te pide: ¡aspérgeme, purifícame!».

Ahora bien, este regalo debemos ofrecerlo por intercesión de la Santísima Virgen, porque ¿cómo ofrecer algo como nosotros mismos si no es por medio de Ella? Y si todo lo hacemos por su intermedio, ¿por qué no pedirle un regalo al Señor también a través de su Madre? Sin duda, el don fundamental que debemos implorar es el siguiente: «Señor, ¡cambia el mundo! O, si no hay otra salida, ¡acorta los días cumpliendo las promesas y las amenazas



«Anunciación a los pastores», de Maître de Jacques de Besançon - Biblioteca Nacional de España, Madrid

Oración ante el Pesebre

Oh divino Infante, he aquí arrodillado ante ti a un hijo más de la Iglesia militante traído por la gracia obtenida por tu divina y celestial Madre. Aquí está este luchador, ante todo, para agradecer.

Te agradezco la vida que le has dado a mi cuerpo, el momento en que insuflaste mi alma y tu plan eterno respecto de mí, según el cual yo debería ocupar, por designio divino, un sitio determinado, por menor que fuera, en el conjunto de los hombres, para componer el enorme mosaico de criaturas humanas destinadas a ir al Cielo.

Te agradezco el haberme puesto el combate en mi camino, para que yo pudiera ser héroe, y la fuerza que me diste para rezar, resistir e hincar golpes al demonio.

Te agradezco todos los años de mi existencia vividos en tu gracia, así como los que he pasado fuera de ella, pero que fueron terminados por ti en el momento en que abandoné

el camino del pecado y regresé a tu amistad.

Te agradezco, oh Niño Jesús, todas las cosas difíciles que con tu ayuda hice para combatir mis defectos, y que no te hayas impacientado conmigo, conservándome vivo para que aún



El Dr. Plinio en diciembre de 1988

tuviera tiempo de corregirme antes de morir.

Y si alguna petición quiero hacer-te en esta Navidad, hela aquí, adaptándola del versículo del salmo: «No me arrebatas en la mitad de mis días» (Sal 101, 25). No me arrebatas los días en la mitad de mi obra, y concédeme que mis ojos no se cierren por la muerte, mis músculos no pierdan su vigor, mi alma no pierda su fuerza y agilidad, antes de que, por tu gracia, haya vencido todos mis defectos, alcanzado todas las alturas interiores que me destinaste a escalar y, en tu campo de batalla, te haya rendido, por heroicas hazañas, toda la gloria que esperabas de mí cuando me creaste. Así sea. ✧

*Oración compuesta
por el Dr. Plinio el
23 de diciembre de 1988,
con pequeñas adaptaciones
para el lenguaje escrito*

de Fátima! Pero, para que perseveren al menos los que aún perseveran, Señor, ten pena de ellos, acorta los días de aflicción y haz que venga cuanto antes el Reino de tu Madre».

Mientras cantamos el *Stille Nacht*, *Heilige Nacht* y las demás canciones sagradas de la Navidad, debemos tener en cuenta lo siguiente. Es muy hermoso y muy bueno recordar el acontecimiento que tuvo lugar hace dos mil años, sobre todo porque tenemos la convicción de que el Señor continúa presente en su Santa Iglesia y en la Sagrada Eucaristía, y que su Madre nos auxilia desde el Cielo. En la tierra, no obstante, es necesario que pidamos una presencia regia y victoriosa del divino Infante.

Incluso podemos darle a esta súplica otra formulación: «*Ut inimicos Sanctæ Matris Ecclesiæ humiliare digneris, te rogamus audi nos!* Señor recién nacido, que descansas en los brazos de tu

*Debemos pedir
al Niño Jesús,
recién nacido en el
Pesebre, que se digne
humillar y castigar
a los enemigos de
la Santa Iglesia*

Madre como en el más esplendoroso trono que jamás hubo ni habrá para un rey en la tierra, te suplicamos: dignate humillar, rebajar y castigar a los enemigos de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, empezando por los más terribles; y éstos no son externos, ¡sino internos! Quítales la influencia, el prestigio, la cantidad y la capacidad de hacer el mal».

En suma, pidamos la forma más refinada de la victoria del Señor: ¡el aplastamiento de sus adversarios y la victoria de su Madre Santísima! ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XXIV.
N.º 285 (dic, 2021); pp. 8-10.

«*Todo pasa y todo es nada, excepto Dios*»

De madre de varios hijos a fundadora de una Orden religiosa, la vida de la Beata María Victoria se puede resumir en el abandono filial a la voluntad del Creador, a ejemplo de la Santísima Virgen.



✠ Hna. Angelis David Ferreira, EP

Reproducción

En una hermosa mansión genovesa, el médico de la familia le transmitía una grave noticia al matrimonio Fornari. La situación de Giovanni Francesco, el hijo menor de Girolamo y Bárbara, parecía irreversible.

En medio de ese drama, una voz piadosa y llena de candor trataba de infundir confianza a los padres, diciendo que había «en el Cielo un Médico que tiene remedios superiores a todos los de la tierra, que sólo era necesario recurrir a Él, y bastaba invocarlo con confianza» para estar seguros de que el chiquillo recobraría la salud; «os doy mi palabra de ello», concluía la niña, sin dudarlo.¹

¿Quién era esta muchacha que, a pesar de tener pocos años, demostraba una fe y sabiduría propias a un santo?

Educación familiar y matrimonio

María Victoria de Fornari Strata había nacido en 1562 en la bulliciosa ciudad de Génova. Era la séptima de nueve hijos del matrimonio Girolamo Fornari y Bárbara Veneroso, conocidos por sus buenas costumbres y piedad.

De temperamento impulsivo, la pequeña María Victoria aprendió a moderarse, estimulada por el ejemplo de sus padres. Se cuenta que siempre demostró un celo modélico y mucha responsabilidad en el cumplimiento de sus obligaciones, lo que vendría a confirmarse años después en la dirección de su Obra religiosa.

Desde temprana edad anhelaba seguir la vida consagrada, pero a los 17 años se casó con Ángelo Strata, por consejo de sus padres. Era un hombre piadoso, y juntos supieron conciliar los deberes de la religión con las responsabilidades de la vida doméstica.

Todos los días rezaban en familia el santo rosario y, ardientes devotos de las llagas de Cristo, en ellas se refugiaban en las dificultades conyugales, de subsistencia y educación de la prole.

Pérdida de su esposo, entrega a María

En 1587, a los ocho años de matrimonio, su marido enfermó gravemente y murió a los pocos días. Había comenzado una de las etapas más difíciles de su vida. Viuda con tan sólo

25 años, embarazada de ocho meses y con cinco hijos más a los que cuidar, María Victoria se sentía emocionalmente debilitada e incapaz de llevar a cabo la misión que le correspondía.

Superó aquella terrible prueba recurriendo con confianza a la misericordia de la Santísima Virgen. Una vez, estando en su cuarto, se arrodilló ante un cuadro de Nuestra Señora con el Niño Jesús y le suplicó entre lágrimas: «Oh Virgen compasiva, te ruego cuanto sé y puedo: por tu bondad, dignate tomar a estos hijos míos por siervos, porque estando ya privados de padre, por mi parte también pueden llamarse huérfanos y sin madre».²

Mientras rezaba, la Santísima Virgen le tendió los brazos diciendo: «No dudes de nada, porque no sólo velaré por tus hijos, sino también por ti: siempre cuidaré y protegeré particularmente esta casa. Alégrate y no temas. Nada más que quiero una cosa de ti, el resto déjame a mí: de ahora en adelante trata de amar a Dios sobre toda criatura».³

Después de tan consoladora visión, sintió apaciguadas las enormes angustias que la asaltaban y, llena de

esperanza, venció las tentaciones de desesperación y tristeza.

Su respuesta a la promesa hecha por Nuestra Señora «fue rápida y total, tomó la forma de un voto: el voto de castidad perfecta y perpetua, con el que María Victoria se comprometía no solamente a renunciar a cualquier amor humano, sino también a recuperar una virginidad espiritual».⁴ Además, ya no usaría ni oro ni vestidos de seda, y abandonaría sus círculos mundanos, dedicándose exclusivamente a la educación de sus hijos hasta el momento en que pudiera abrazar la vida religiosa en el claustro.

Su gratitud, sin embargo, le hacía desear aún más para gloria del Todopoderoso. Y María Santísima le aseguraba interiormente que tal anhelo correspondía a los designios divinos: sus hijos también se consagrarían a Dios, y ella misma lo serviría fundando una nueva Orden.

Religiosa fuera del claustro

Al ser miembro de una pía asociación orientada por un sacerdote jesuita, el P. Bernardino Zanoni, María Victoria lo tomó como su director espiritual.

Celoso y hábil pastor de almas, el P. Zanoni aconsejó a aquella alma varonil y de voluntad resuelta a perseverar con confianza en las promesas hechas a Nuestra Señora, estimulándola a constantes progresos en la virtud.

Además de sus deberes en la educación de sus hijos, comenzó a realizar numerosas obras de caridad, según se lo permitían sus condiciones, con lo que no tardó en ganarse la incomprensión de buena parte de la alta sociedad genovesa.

Dicen que, teniendo una criada enferma, recibió la orientación de su director de someterse a la voluntad de ésta en todo lo que no fuera pecado. Se esforzó, entonces, con todo cariño y atención, en brindarle los mejores cuidados. No obstante, aquella, de índole caprichosa e ingrata, despreció tanta solicitud y prefirió sujetarse a otros.

Pero al no encontrar a nadie más que la ayudara, la criada tuvo que ser hospitalizada. Tan pronto como se enteró de lo sucedido, María Victoria empezó a ir al hospital para prestarle aún más auxilio, sin mostrarle ningún resentimiento.

También había una pobre moribunda que, atormentada por el demonio, escupía con violencia sobre un crucifijo y gritaba blasfemando. La desdichada contó antes de morir que el espíritu maligno desaparecía despavorido cada vez que la piadosa viuda la visitaba. La familia le pidió entonces que se quedara junto a la

cama de la enferma, que finalmente murió en paz.

Su presencia transmitía tanta serenidad que pocos sospechaban que aquella mujer de apariencia tan sencilla y apacible, dispuesta a ayudar a quien lo necesitara, tuviera un temperamento colérico e impetuoso.

Fundación de la Orden de la Santísima Anunciación

Habiendo guiado a todos sus hijos por el camino de la virtud, ya no existía nada que la atara al mundo. Llegaba el momento de cumplir lo que le había prometido a la Virgen Misericordiosa. Para ello contó con la ayuda del P. Zanoni, así como con el apoyo de un matrimonio de la sociedad genovesa, Stefano Centurione y Vincenzina Lomellino, los cuales, después de un retiro, decidieron abrazar el estado religioso. Vincenzina se uniría a María Victoria en la nueva fundación, por consejo del P. Zanoni, y Stefano, que sería ordenado sacerdote años más tarde, se convertiría en su gran bienhechor.

Superada una serie de dificultades, tanto materiales como de carácter eclesiástico, el 19 de junio de 1604 se funda la Orden de la Santísima Anunciación, «comprometida en la clausura exterior y en el recogimiento interior, [...] y entregada de manera especial a la adoración del Verbo Encarnado y de la Santísima Eucaristía».⁵

Usando temporalmente un pequeño edificio, las religiosas llevarían un hábito blanco con escapulario y manto azul, seguido de un velo negro. En este arduo comienzo que toda fundación supone, cuentan que para superar las adversidades la Madre María Victoria no cesaba de repetir: «María Anunciada, María Exaltada, sé siempre nuestra Madre y nuestra Abogada».⁶

Efectivamente, los problemas no tardaron en aparecer. Stefano Centurione empezó a interferir en la con-

Tras la muerte de su esposo, hizo voto de castidad y recibió una promesa de la Virgen: sería la fundadora de una nueva Orden



Beata María Victoria de Fornari Strata. En la página anterior, retrato de la beata - Convento de la Santísima Anunciación y Encarnación, Serra Riccò (Italia)

ducción del convento, influenciando a las hermanas para que adoptaran la Regla carmelita, lo que conllevaría a la pérdida de las características propias del nuevo instituto.

Este hecho provocó revuelta y desunión entre las religiosas, ocasionándole a la fundadora un gran sufrimiento. Acostumbrada a confiarse a la Santísima Virgen como un niño en los brazos de su madre, María Victoria recurrió a su intercesión, tal y como lo había hecho tras la muerte de su esposo, oyendo nuevamente palabras de consuelo: «Victoria, ¿qué tienes o de qué te lamentas? Este monasterio es mío: soy yo quien lo ha construido, y quiero cuidar de él. No lo dudes, todo irá bien. Seré la Madre de todas las religiosas de esta casa y la Protectora de toda la Orden».⁷

Sin que ella tuviera que tomar ninguna medida adicional, la Virgen fue moviendo el interior de cada una de las rebeldes, haciéndolas comprender que no deberían cambiar el carisma original.

El 7 de septiembre de 1605 las religiosas hicieron la solemne profesión perpetua y recibieron a tres nuevas hermanas.

Madre de muchas hijas

En 1608 las monjas se mudaron a un nuevo monasterio conocido como Casteletto. Esta fundación era un anhelo que la madre priora llevaba en su corazón desde hacía años, ya que comportaría unas condiciones más favorables para la meditación y la contemplación de sus hijas.

Allí aflorarían nuevos dones sobrenaturales en el alma de la fundadora, para beneficio de todas. Un agudo discernimiento de los espíritus y una extraordinaria capacidad para resolver problemas espirituales le permitieron penetrar en el universo interior de sus hijas, a fin de ayudarlas.

Como afirmó una biógrafa, «había nacido para ser madre, y esta vocación suya florecía de nuevo de una forma espiritual y sobrenatural, de la cual la maternidad natural había sido sólo un símbolo».⁸

Una de las religiosas, por ejemplo, no lograba de ninguna manera exponerle a la superiora un problema de conciencia. Acercándose a

en su corazón únicamente para sí y para Dios.

Otra hermana, apenada por una falta cometida, le resultaba difícil pedirle perdón a la fundadora. Un día, mientras aquella se encontraba rezando en la capilla, ésta le puso la mano en el hombro y le dijo que no se afligiera, porque ya estaba todo perdonado. La religiosa, que no le había manifestado a nadie sus disposiciones, redobló su confianza en su madre espiritual.

Poseía, además, una capacidad inaudita para tranquilizar a las almas angustiadas, colmándolas de consuelo y serenidad, aunque a menudo no pronunciara una palabra. A veces, bastaba que las religiosas contemplaran su fisonomía para sentirse reconfortadas.

Religiosa ejemplar

El 25 de octubre de 1611 concluía el período durante el cual estuvo como priora, y la comunidad, creyéndola cansada y desgastada por las obligaciones del cargo, decidió elegir a otra religiosa como superiora. Comenzaba así una nueva etapa de heroísmo y puro amor a la cruz en su vida.

La nueva priora, la Madre María Giovanna Tacchini, usó para con la Madre María Victoria tal dureza y desconfianza que le sirvieron para acrisolar aún más su humildad y sumisión. Parecía que iba deliberadamente con la intención de mortificar a la fundadora, tratándola como la última de las monjas y la novicia más caprichosa.

Sin embargo, su mansedumbre al aceptar las humillaciones impuestas fue ejemplar, hasta el punto de edificar a las demás. Una de las novicias supo solamente años después que aquella religiosa de eximia obediencia era la propia fundadora de la Orden...



La Virgen se manifiesta a la Beata María Victoria

*La Santísima
Virgen le garantizó:
«Seré la Madre de
todas las religiosas
de esta casa y la
Protectora de
toda la Orden»*

aquella hija, la Madre María Victoria le dijo que no se preocupara, pues ella misma se lo contaría todo. Y empezó a describir cada pensamiento de esa monja y a solucionar las dificultades que ésta guardaba



A la izquierda, convento de la Santísima Anunciación y Encarnación, Serra Riccò (Italia); a la derecha, la iglesia del mismo convento, donde descansa el cuerpo incorrupto de la Beata María Victoria

La Madre María Giovanna reconoció más tarde lo injusta que había sido con la Madre María Victoria, y que ciertamente su falta había sido permitida por Dios para exaltar aún más sus nobles virtudes y su santidad.

De hecho, a pesar de las pruebas, su generosidad hacia las demás, termómetro del verdadero amor a Dios, no se enfrió. Cuando estuvo un tiempo de enfermera se deshacía en atenciones para con las otras, sin mostrar fatiga y desviviéndose especialmente con aquellas que más la perseguían.

«Todo pasa y todo es nada, excepto Dios»

Nueve años antes de morir, la Madre María Victoria había predicho que cuando el número de religiosas en el monasterio llegara a cuarenta, el máximo estipulado por las constituciones, ella estaría lista para entregar su alma a Dios. Con profunda alegría vio completarse ese número, pues se acercaba el bendito día.

Tras la noticia de su muerte, una multitud invadió el monasterio para venerar el cuerpo de la fundadora y llevarse algún recuerdo

Los primeros síntomas de su postrera dolencia aparecieron el 3 de diciembre de 1617, fiesta de San Francisco Javier, ocasión en la que asistía a misa y comulgó. A partir de ahí, pasó doce días entre dolores y sufrimientos, esperando que su alma fuera llevada hacia la morada eterna.

El 15 de diciembre de 1617 María Santísima, a quien tanto amaba, la vino a buscar. Tenía 55 años, de los cuales trece los había vivido como religiosa.

Inmediatamente, en la habitación en donde se encontraba comenzó a esparcirse una suave fragancia que impregnó hasta los tejidos allí dispuestos.

En poco tiempo una multitud invadió el monasterio, a fin de venerar su cuerpo. La túnica de su hábito fue dividida en pedacitos y distribuida entre los genoveses, permaneciendo intactos solamente el velo y el manto. El P. Francesco Ottagio, religioso teatino desahuciado por los médicos, recuperó completamente la salud al tocar uno de estos trozos. Varias curaciones y milagros se fueron sucediendo. En 1629, su cuerpo, incorrupto, fue trasladado al coro del monasterio, para veneración de las religiosas.

De madre de varios hijos a fundadora de una Orden religiosa, la admirable vida de la Beata María Victoria se puede resumir en el abandono filial a la voluntad del Creador, a ejemplo de la Santísima Virgen: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). ✠

¹ VITA DELLA BEATA MARIA VITTORIA FORNARI STRATA. Roma: Bernardino Olivieri, 1828, p. 2.

² LUPI, Ángela. *Due volte madre*. 2.^a ed. Milano: San Paolo, 2000, pp. 36-37.

³ Ídem, p. 37.

⁴ Ídem, pp. 38-39.

⁵ Ídem, p. 70.

⁶ Ídem, p. 89.

⁷ VITA DELLA BEATA MARIA VITTORIA FORNARI STRATA, op. cit., p. 99.

⁸ LUPI, op. cit., p. 107.

«¡En esto conoceremos que somos de la verdad!»

Hay una sola vestidura digna con la que, si queremos ir al Cielo, debemos presentarnos ante el divino Juez. ¿Cuál será y cómo adquirirla?



✠ Hna. Leticia Gonçalves de Sousa, EP

Imaginémonos a bordo de un avión de transporte de tropas, a más de 5000 metros de altitud. Los pasajeros son paracaidistas y se preparan, al igual que nosotros, para saltar por primera vez desde esa altura. ¡Imposible no tener miedo!... Algunos se encomiendan a la protección divina, mientras que otros avanzan hasta los primeros puestos de la fila. Todos nos colocamos en nuestros puestos.

Ha llegado el momento, querido lector, ¡nos toca saltar! Tres, dos uno... ¡ya!

«Sumergidos» en el azul celeste, ahora sólo nos acompaña el silencio. Sin embargo, por encima de los fuertes y palpitantes latidos del corazón, en nuestro interior una suave voz se hace oír.

«¿Cómo estoy llevando mi vida? ¿He actuado bien últimamente? ¿He cumplido con mis obligaciones? ¿A qué distancia me encuentro de la realización de mi vocación cristiana? Si viniera a morir al tocar el suelo, ¿estaré listo para comparecer ante Dios?». A estas cuestiones mudas, diversas respuestas se presentan, hasta que... ¡zas! Finalmente aterrizamos, sanos, salvos y aliviados.

Los aplausos, las felicitaciones de nuestros compañeros y los efusivos

comentarios de todos nos distraen de nuestras reflexiones precedentes y, por fin, todo acaba. Todo menos una duda: ¿qué era aquel misterioso murmullo que nos invadió durante el salto?

Ley moral innata

Envolvente pero discreta, respetuosa pero resoluta, estimulante o amonestadora, esta misma voz oculta suele presentarse no tan sólo cuando corremos algún riesgo de vida, sino en las más variadas circunstancias, sobre todo en las ocasiones en que debemos optar por el bien o por el mal. Proviene de lo más íntimo de nuestro propio ser.

Enseña la filosofía que todo hombre posee grabada en su alma, desde

su nacimiento, la ley natural, principio de la actividad moral humana conocido en sí mismo,¹ que nos permite distinguir mediante la mera razón lo correcto de lo errado, la verdad de la mentira,² y a través del cual sabemos qué debemos hacer y qué debemos evitar. Esta ley —que está expresada a la perfección en la ley revelada, es decir, el Decálogo— fue escrita por Dios no en tablas de piedra, sino de carne: nuestros corazones. Y en la fidelidad a ese discernimiento innato

El hombre debe decidir entre el bien y el mal, basándose en la ley que Dios escribió no sólo en el Decálogo, sino también en el corazón humano



Moisés recibe las Tablas de la ley, «Retablo de la Transfiguración», de Jaume Huguet - Catedral de Tortosa (España)

Reproducción



Reproducción

«Las siete virtudes», de Francesco Pesellino - Museo de Arte de Birmingham (Estados Unidos)

reside el secreto de una vida coherente y virtuosa.³

San Pablo bien resume tal realidad en su Epístola a los romanos: «Cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las exigencias de la ley, ellos, aun sin tener ley, son para sí mismos ley. Esos tales muestran que tienen escrita en sus corazones la exigencia de la ley; contando con el testimonio de la conciencia y con sus razonamientos internos contrapuestos, unas veces de condena y otras de alabanza» (2, 14-15).

Por consiguiente, en nuestro interior hay una especie de conocimiento permanente y universal sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar, llamado *sindéresis*. En el terreno de la acción práctica, el «consejo» de nuestra razón —que aprueba o censura las intenciones, actos y conductas nuestras o las de los demás— recibe el nombre de *conciencia*. Ésta es la que «conversa» con nosotros a todo instante, con el objeto de guiarnos hasta nuestro fin último, la santidad.

El espejo del alma

La palabra conciencia viene del término latino *conscientia*, que significa conocimiento, noción, sentido interior. «Es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella».⁴

Así como un espejo refleja el estado físico de un cuerpo material, la

*La conciencia
es el guía que nos
muestra cómo
caminar hacia
la santidad y a
qué distancia
estamos de ella*

conciencia «es el espejo en el que se ve el estado exterior e interior del hombre, es decir, su cuerpo y su alma».⁵ En él «el alma, con los ojos de la razón, ve [...] su belleza o su fealdad, su pureza o sus manchas». Luego la conciencia es la guía que nos muestra cómo caminar hacia la santidad y a qué distancia estamos de ella.⁶

Esta imagen de nosotros mismos es tanto más clara cuanto más nos preocupamos por preservarnos de las máculas de nuestras faltas. Así como el polvo y otros residuos manchan un espejo y le restan nitidez, así el pecado entorpece la conciencia y no nos permite ver con acuidad el estado de nuestra alma.

En efecto, si nos acostumbramos al vicio, la voz interior de la conciencia se vuelve poco a poco más débil, hasta casi extinguirse. Al perder esta brújula que nos marca el verdadero rumbo, nos condenamos entonces a una decadencia sin freno. En casos extremos,

nuestro «espejo» espiritual puede quedar tan empañado que empezamos a ver nuestros defectos como si fueran hermosas cualidades...

Es indispensable, por tanto, si queremos preservar nuestra sanidad cristiana y caminar hacia el Cielo, que cultivemos una buena conciencia. Ésta es una ciencia inmortal, porque la llevaremos a la eternidad; «será la gloria o la confusión inevitable de cada uno, según la cualidad de las cosas que se depositen en ella».⁷

Las columnas de nuestra casa espiritual

San Bernardo de Claraval escribió un tratado sobre la conciencia —del que ya hemos citado algunos extractos—, la cual define como la ciencia del corazón o del conocimiento de sí mismo y la base de la perfección. En esta obra, el santo cisterciense compara la conciencia a una casa que debe estar cimentada sobre sólidas columnas, que presenta en número de siete: «la buena voluntad; la memoria o recuerdo de los beneficios de Dios; el corazón puro; el entendimiento libre; el espíritu recto; el alma devota; la razón iluminada».⁸ Consideremos algunas de ellas.

La primera columna es la buena voluntad del hombre, «porque por la bondad de la voluntad es donde empieza todo bien».⁹

Cuentan que, en cierta ocasión, una religiosa le escribió a un virtuoso sacerdote pidiéndole una orientación

de cómo llegar a la santidad. Tras una larga espera y mucha insistencia, recibió como respuesta una nota con esta única inscripción: «Si quieres». Si *queremos*, estimado lector, ya habremos dado el paso decisivo rumbo a la rectitud de conciencia.

Ahora bien, no perseveraremos mucho tiempo en nuestras buenas disposiciones si no mantenemos encendida y bien abastecida la antorcha del amor. Y, para ello, San Bernardo aconseja que recurramos a la memoria de los beneficios que Dios ha hecho a nuestro favor.

Consideremos siempre cómo, «a pesar de la multitud y magnitud de nuestros pecados, su misericordia nunca se cansa; cuando nos olvidamos de Él, Él mismo se digna advertirnoslo; [...] cuando nos arrepentimos, nos perdona; si perseveramos, es porque Él nos guarda. [...] Cuando somos purificados por la tribulación, nos devuelve la paz perfecta, el dulce descanso. [...] Acordémonos de los muchos beneficios que nos ha hecho, sin que se lo pidiéramos»;¹⁰ entonces nos será fácil amarlo y emplear todas nuestras energías para servirlo.

Otras importantes columnas señaladas por San Bernardo son el espíritu recto y el corazón puro.

Tener un espíritu recto significa buscar «a Dios sobre todas las cosas, para agradarle sólo a Él».¹¹ Además, la rectitud debe movernos a adentrarnos en nuestro corazón, recorrerlo y escurriñarlo con toda diligencia, reflexionar acerca de lo que hacemos y de lo que deberíamos hacer. Hemos de analizar, cada día, si mejoramos o decaemos, qué pensamientos son los que



San Bernardo de Claraval - Museo de Pontevedra (España)

San Bernardo enseña que la conciencia es la base de la perfección, y debe estar cimentada sobre siete columnas, la primera de las cuales es la buena voluntad

habitualmente nos asaltan, los afectos y deseos que con mayor frecuencia nos arrastran, las tentaciones con las que el demonio más nos combate. No podemos permitir nada de extraño en nuestro interior, ni albergar en la conciencia ofensa alguna a Dios, por muy leve que nos parezca, acordándonos siempre de nuestras culpas pasadas.

Sólo así tendremos un corazón puro, «libre de las solicitudes del mundo, de los malos deseos, de los malos pensamientos y de los deleites de la carne, [...] lo suficientemente firme como para no ser sacudidos por ninguna perturbación repentina; que no se deje llevar por los placeres ilícitos, ni corromper y abatir por ningún mal, por ningún revés».¹²

Esto requiere un gran esfuerzo de nuestra parte: ¡«El Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan» (Mt 11, 12)! Sin embargo, no lo olvidemos: jamás alcanzarán la pureza de conciencia quienes no hayan unido su honesto compromiso a ardientes deseos y súplicas a la divina Bondad, pues el alma humana no puede conquistarla por su propia virtud; es, ante todo, un don de Dios.

¡Recemos y luchemos!

Si nos esforzamos, querido lector, en observar estos sabios consejos, si «limpiamos» siempre nuestra alma con la confesión de los pecados, con la satisfacción, con las buenas obras y, de manera especial, con la persistencia en esas obras, habremos logrado sin duda la tranquilidad de la buena conciencia, «a la que Dios no imputa ni sus pecados, porque no los ha cometido, ni los ajenos, porque no los ha aprobado».¹³

Es una batalla dura, ¡pero fructífera! Recemos, resistamos y luchemos: bienaventurados son los que saben aprobarse o reprobarse a sí mismos, «porque quien se desagrada a sí mismo, agrada a Dios»;¹⁴ y los que lo agradan, aun cuando sufran infortunios en esta tierra, se alegrarán eternamente en su presencia. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 94, a. 2.

² Cf. CEC 1954.

³ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Os princípios da ação moral: caminho seguro para chegar à santidade».

In: *Lumen Veritatis*. São Paulo. Año IV. N.º 13 (oct-dic, 2010); p. 12.

⁴ CONCILIO VATICANO II. *Gaudium et spes*, n.º 16.

⁵ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. *Traité de la conscience ou de la connaissance*

de soi-même. Paris-Lyon: Perrin Frères, 1856, p. 34.

⁶ Ídem, pp. 34-35.

⁷ Ídem, pp. 2-3.

⁸ Ídem, p. 10.

⁹ Ídem, ibídem.

¹⁰ Ídem, pp. 12-13.

¹¹ Ídem, p. 14.

¹² Ídem, p. 15-16.

¹³ Ídem, p. 30.

¹⁴ Ídem, p. 44.

Llamados a la pureza de corazón



Mientras peregrinamos en esta tierra, somos constantemente llamados a la santidad, para que un día contemplemos a nuestro Creador por toda la eternidad. Ése será el premio de quienes conserven un corazón puro.

✠ Santiago Vieto Rodríguez



La música habla directamente al alma, tocando las cuerdas de la más elevada sensibilidad, modelando estados de ánimo, enmarcando a menudo poemas u oraciones que adquieren mayor elocuencia por la armonización de instrumentos y voces.

En el principado de Gales (Reino Unido) existe un himno del siglo XIX que llama la atención por su alegre y jovial melodía, pero sobre todo por su letra que, si bien sencilla, tiene una enorme riqueza de significado, pues en realidad se trata de una plegaria en la cual se pide un corazón puro, *calon lân* en su idioma original.

Invito al lector a que se deje llevar por las estrofas de este canto y me acompañe en un análisis más profundo de sus versos.

El verdadero tesoro de la vida

Así comienza:

No pido una vida de lujos, / el oro del mundo o sus perlas más finas: / pido un corazón feliz, / un corazón honesto, un corazón puro.

Ya en esta introducción es posible contemplar los anhelos de un alma que ha comprendido el vacío de las riquezas mundanas y hasta el de los place-

res sensuales, que, efímeros y engañosos, son siempre frustrantes. ¡Qué inigualable tesoro es tener un corazón puro! Un corazón honesto y totalmente sincero, que por amor a la verdad puede desprenderse de las criaturas, vivir sosegado y satisfecho incluso en medio de la más terrible pobreza material, por conservar su conciencia tranquila, en la certeza de que no ha adquirido nada injustamente. Quien posee tal corazón entiende que si le faltan las futilidades de esta tierra es para que goce con mayor libertad de lo que tiene verdadero valor: la serena paz de un corazón habitado por Dios.

¿Qué esperamos para pedir esto? Roguémoslo insistentemente, conforme nos lo enseña Nuestro Señor

¡Qué inigualable tesoro es tener un corazón puro, que puede desprenderse de las criaturas y vivir satisfecho incluso en cualquier situación!

Jesucristo: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá» (Mt 7, 7).

«Haz nuestro corazón semejante al Corazón de Jesús»

Corazón puro, lleno de bondad, / más blanco que el hermoso lirio.

¿Un corazón más puro y hermoso que el lirio? Conociendo nuestras propias miserias, esta comparación nos puede sonar fantástica... Sin embargo, al final de la letanía del Inmaculado Corazón de María le pedimos a la Santísima Virgen que nuestro corazón sea como el de Jesús. Ahora bien, ¿habrá algo comparable a la pulcritud y a la pureza de ese Sagrado Corazón?

Entonces vemos cuán insignificante es la comparación con el lirio, pues todas las bellezas del universo material no pueden competir siquiera con un simple destello de luz de ese Corazón divino. Debemos tener fe y desear, por encima de cualquier otra cosa en la tierra, ser consumidos en el ardiente amor de los Corazones de Jesús y de María.

Corazón que palpita solamente para Dios

Sigue el estribillo, con más elocuencia:

Sólo un corazón puro puede cantar; / cantar de día y cantar de noche.

Estos dos versos revelan una elevadísima verdad: sólo el que ha purificado su corazón, despojándose de todo afecto terrenal y humano, obtendrá la inapreciable habilidad de cantar jubilosamente, día y noche, tanto en la tranquilidad como en las tribulaciones.

Esto es así porque un corazón puro no vive para sí mismo, sino que palpita únicamente en Dios y para Dios, deseando que se haga nada más que su santa voluntad; y en Él encuentra infinita caridad, para rebosar sobre las criaturas.

Dichosos los que depositan en el Señor su esperanza, sin apegarse a las cosas terrenales, como amonesta San Pablo en la Epístola a los filipenses: «Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios» (4, 6).

«Bienaventurados los puros de corazón»

El corazón puro comprende que hasta lo más terrible y absurdo que pueda pasarle no escapa a la Divina Providencia. Así, es capaz de agradecerle absolutamente todo; nada teme, descansa confiado y agradecido en los brazos del Padre celestial y canta, poniendo en práctica la enseñanza del Apóstol: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo» (Flp 4, 4-5).

Además, el corazón puro ansía transmitir esa alegría a aquellos que lo rodean, y su único anhelo es encender en todas las almas el amor a Dios. Por eso su música consiste en la caridad puesta al servicio de los demás, ya que —como le dijo San Bernardo de Claraval a su hermana, la Beata Umbelina— el secreto de la felicidad en medio de las actividades se resume en tres palabras: «Amar es servir».

Como recompensa, obtendrá la única y verdadera paz de quien vive en Jesucristo y posee a Dios. ¿Posee a Dios? ¡Sí! El Señor declaró bienaventurados a los puros de corazón, porque verán a Dios (cf. Mt 5, 8). Ahora bien, explica San Gregorio de Nisa que «ver, en las Escrituras, significa *tener*. Por ejemplo: “que veas

próspera a Jerusalén”, es lo mismo que “encuentres” dicha prosperidad. [...] Por lo tanto, el que ve a Dios posee todos los bienes por el hecho de verlo. Posee la vida sin fin, la eterna incorruptibilidad, la felicidad inmortal, el reino sin fin, la alegría continua, la verdadera luz, la palabra espiritual y dulce, la gloria intangible, la perpetua exultación. En suma, todos los bienes».¹

Por consiguiente, recibimos la promesa de poseer, o mejor, de ser poseídos e inhabitados, aún en esta tierra, por la Santísima Trinidad.

Si quieres la alegría, prepárate para la guerra

Pureza de corazón significa pureza de intención; es decir, hacerlo todo exclusivamente por amor a Dios. No obstante, sólo muriendo lograremos esa meta. Y no una única vez: es necesario morir para sí mismo todos los días y cada instante; renunciar a sí mismo y cargar la cruz, que constituye un yugo ligero y suave cuando se aprende a cantar, agradecido, día y noche.

Evidentemente, para ello debemos estar dispuestos a librar combate con el más fiero enemigo que tendremos hasta el día de nuestra muerte: nosotros mismos. Hemos de luchar contra las malas tendencias, la concupiscencia, la pereza y el egoísmo.

En el corazón verdaderamente puro arde infaliblemente una forma de amor combativo y destructivo, un fuego que aniquila toda clase de maldad. Tiene una santa intolerancia a la mentira y al error, porque participa de la Verdad, que es Dios. ¡Y nunca envaina la espada! «*Si vis pacem para bellum* – Si quieres la paz, prepárate para la guerra», reza el adagio latino. Bien podríamos decir, *Si vis laetitia para bellum* – Si quieres la alegría, prepárate para la guerra. Luchando con amor por la gloria de Dios, seremos felices siempre.



Sagrado Corazón de Jesús –
Colección privada

*Nada en el universo
es comparable
a la pulcritud y
pureza del Corazón
de Jesús, al cual
ha de asemejarse
nuestro corazón*



Llywelyn2000 (CC by-sa 4.0)

Parque Nacional de Snowdonia (Gales)

Sembrar las riquezas para cosechar la recompensa

El himno termina con esta estrofa:

*Si deseara la riqueza del mundo, /
enseguida iría a sembrar la riqueza /
de un corazón virtuoso y puro, / que
me dará ganancia eterna.*

Habremos obtenido de Dios la gracia de un corazón puro si llegamos a encender en nuestras almas un devorador celo apostólico. Saldremos inmediatamente a sembrar esa riqueza, porque un corazón así es desapegado y sabe, según la frase atribuida a Saint-Exupéry, que «el amor es la única cosa que aumenta cuando se comparte»; y no sólo eso: proporciona, sobre todo, un premio eterno.

*Deseo mañana y tarde / subir al
Cielo en las alas del canto, / por Dios,
por el bien de mi Salvador; / que me da
un corazón puro.*

El puro de corazón canta, y canta sin parar, un himno de alabanza y de acción de gracias, porque entiende que todo lo que proviene del Corazón del Padre es para su más excelso bienes-

*Aquellos que
conserven puros sus
corazones tendrán
como premio la
paz de quien vive
en Jesucristo y
posee a Dios*

tar. Qué hermoso sería y cuánto alegraría a Dios si diéramos gracias constantemente por los bienes obtenidos de Él. Más noble sería si no expresáramos sólo gratitud por las alegrías recibidas, sino también por las tristezas y pruebas, como decía Job: «Si aceptamos de

Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (2, 10); «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor» (1, 21).

Un corazón puro reconoce que todo viene del Altísimo; Él, que nos ha creado a su imagen y semejanza, sabe mejor que nosotros lo que necesitamos para disfrutar de las alegrías eternas y contemplarlo en toda su gloria y esplendor. Su único deseo es vernos alcanzar la plenitud de las virtudes, pues «Dios no nos ha llamado a una vida impura, sino santa» (1 Tes 4, 7).

Por lo tanto, no habrá sido en vano el cuidado de quien conserve la pureza de su corazón. ✧

¹ SAN GREGORIO DE NISA. *De beatitudinibus. Oratio VI*: PG 44, 1266.



Escuche el himno
Calon Lân
directamente en
su móvil.





La «suma de las edades» de una venerable dama

Alguien podría preguntarse: en aquella época de tan grandes transformaciones, ¿qué papel desempeñó Dña. Lucilia? Ante todo, fue el de la heroica fidelidad a la tradición y a los principios católicos.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El día 22 de abril de 1946, Dña. Lucilia cumplía 70 años...

En la vida humana, es un hito llegar a los 70. Aquí, como cristalizados, aparecen las preferencias y los modos de ser que orientaron el desarrollo de toda una existencia. En aquellos que procuraron seguir el camino de la virtud reluce entonces, como nunca —en su fisonomía, en sus palabras, en sus gestos, en sus actos, en su acción de presencia—, la «suma de las edades»: la inocencia bautismal, los sueños de la infancia, las esperanzas de la adolescencia, el vigor de la juventud, la fuerza y la estabilidad de la edad madura, el aroma de una florida vejez, a la que se les añadirían ahora los reflejos plateados de la ancianidad, todo ello aderezado con los sufrimientos que a lo largo de la vida pulieron su alma, transformándola en una especie de diamante a los ojos de Dios.

En este entallado —conviene recordarlo— no le faltó a Dña. Lucilia ni siquiera ese tipo de sufrimiento que su situación anterior nunca haría preverlo: las dificultades financieras

tras la muerte de su madre, Dña. Gabriela. Sin embargo, si hubiera sido una persona con éxito tal vez no habría alcanzado la altura espiritual a la que llegó. Por ejemplo, si la familia hubiera sido muy feliz en los negocios y Dña. Lucilia se encontrara, por lo tanto, en la plenitud de la fortuna, algo habría faltado en su vida: el valor de la posición que había heredado de sus mayores, sustentada con gran categoría en medio de las dificultades. Es más o menos como ciertos castillos: cuando están deshabitados y en ruinas tienen mayor grandeza que muchos otros conservados intactos. Desde cierto punto de vista, Job siendo leproso en su muladar era más magnífico que Salomón en el esplendor de su gloria.

Gravedad señorial y dulzura

Por otro lado, en Dña. Lucilia se había quintaesenciado esa afectividad brasileña puesta en términos afrancesados —un afecto delicado, educadísimo y noble, hasta en los momentos de más intimidad— y conservada sea cual fuere la situación.

Cuán expresiva era la manera como se dirigía al Dr. Plinio para pedirle algo:

—Hijo mío, ¿no querías acercarle a tu madre aquel objeto? —nunca de forma brusca, sino siempre afable y distinguida.

Cierto aire de gravedad señorial, propio de una dama paulista de antaño, traslucía en todas sus actitudes, incluso cuando andaba dentro de casa, yendo a una sala, por ejemplo, para buscar algo de costura. Ese aspecto de su personalidad formaba un opuesto armónico con la dulzura, la cual ocupaba en su vida un lugar preeminente.

Solía usar una mecedora que un tío suyo le había traído de Estados Unidos. Cuando se levantaba prefería que no la ayudaran. Se levantaba por ella misma y lo hacía como un monumento. Caminaba con su paso característico, en general ágil y discreto, a veces pausado y solemne, y desaparecía en sus aposentos...

Insigne piedad

Durante aquellos setenta años nunca languideció su amor por Nuestra Señora, cuya omnipotente intercesión

ante el Sagrado Corazón de Jesús comprendía tan bien. Desde su nacimiento, María Santísima velaba por ella, pues Dña. Gabriela le había escogido como madrina a la Virgen de la Peña.

En su habitación había una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y otra, más pequeña, de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. En el lado izquierdo de la cama, suspendido en la pared, otro oratorio de madera albergaba la imagen de Nuestra Señora de la Concepción. Como era de esperar en una persona tan devota de la Santísima Virgen como ella, el rezo del santo rosario ocupaba un lugar prioritario en su piedad, desde su más remota juventud. Su devoción mariana relucía especialmente durante el mes de mayo, ocasión en que adornaba con flores algunas imágenes de la Virgen que había en la casa.

Doña Lucilia pertenecía a la Asociación de Madres Cristianas y participó en algunos retiros —bien podemos imaginar con qué recogimiento, seriedad y amor— promovidos por la entidad.

Otro testimonio de sus constantes oraciones nos lo dan los muchos devocionarios que cuidadosamente guardaba en una gaveta de su cuarto para tenerlos a mano cuando lo deseara.

El paso del tiempo no había conseguido que disminuyera su deseo de comparecer a las solemnidades religiosas, donde podía satisfacer los mejores anhelos de su insigne piedad, a pesar del esfuerzo que el peso de sus sufridos setenta años le exigía.

Firme en la dulzura, dulce en la firmeza

Todas estas costumbres fueron moldeando el alma de Dña. Lucilia, cuyo gran acto de heroísmo fue el de mantenerse siempre fiel a los principios católicos. O mejor dicho, cada vez más semejante a su divino Modelo, el Sagrado Corazón de Jesús. Eso implicaba un martirio diario, minuto a minuto, porque todo invitaba a una actitud de

concesión y de transigencia ante el mal, y le fue necesaria una rectitud de alma a toda prueba, una lucha constante y total para permanecer inmovible en su posición de fidelidad.

Al mismo tiempo, su dulzura hacía comprender cuánto había de humano en esa rectitud. De lo contrario, se tendría la impresión de inclemencia.

El cristal de Baccarat, fuerte pero capaz de cierta flexibilidad, bien podría simbolizar a esta dama, cuya alma, por excelencia, era así. Su delicadeza, la suavidad de su trato, el acierto de sus juicios, la firmeza de sus decisiones, todo el imponderable de su persona, eran atributos que reflejaban las singulares cualidades de este cristal, algunas aparentemente antitéticas: brillo, distinción, rigidez frente a la flexibilidad y la sutileza.

Así era su modo de ser incluso para afrontar las dificultades y las borrascas de la vida. Aunque raras veces tomase la decisión de llegar hasta la ruptura, era uniforme, no transigía, no retrocedía, no cedía. No entraba en choque, sino que avanzaba.

En esta perspectiva, se podría conjeturar que su ángel de la guarda debería ser un ángel sublime por su enorme dulzura y firmeza. ¡Firme en la dulzura hasta el final, dulce en la firmeza hasta el final! Un ángel lleno de misericordia, suave, de una pronta respuesta a todas sus peticiones, las cuales sabía verlas hasta el fondo y tener una compasión llevada al extremo. Pero también un ángel de gran discernimiento: lo que es verdad es verdad, lo que es error es error, lo que está bien está bien, lo que está mal está mal.

Equilibrio armonioso

Semejante riqueza, capaz de abarcar cualidades tan opuestas, sólo se

explica por el hecho de que había en Dña. Lucilia un punto de equilibrio fundamental que mostraba la fisonomía de su alma. Dios, que no ve únicamente esta o aquella actitud, sino la fuente de todas, sin duda que la consideraba así.

Doña Lucilia vivía como dentro de una campana de cristal, conservando todas sus potencialidades sin efervescencia, sin la agonía de la inercia, sin angustias inútiles, como los pétalos de una flor que no se codean entre ellos, sino que, hermanados, adornan la corola.

Así pues, se movía con toda soltura en la rosa de los vientos de los hechos y, según las circunstancias, era sagaz, dulce, gentil, valiente, prudente...

Más que los actos de virtud insigne practicados por ella, era hermosa la armonía de su alma, que la ayudaba a mantenerse siempre en ese punto de equilibrio. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:

Doña Lucilia.

Città del Vaticano-Lima: LEV;

Heraldos del Evangelio,

2013, pp. 410-414.

El cristal de Baccarat, fuerte pero capaz de cierta flexibilidad, bien podría simbolizar a esta dama

Al lado, una copa de cristal Baccarat.
En la página anterior, Dña. Lucilia
en mayo de 1941



Un millón de personas se



Con las ceremonias realizadas en septiembre y octubre, el total de personas que se han consagrado a Jesús por las manos de María, a través de cursos ofrecidos gratuitamente en la plataforma de formación católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, ¡ha superado el millón!

En Portugal y en Brasil, cuyas charlas fueron impartidas por el P. Ricardo José Basso, EP, las ceremonias presenciales tuvieron lugar en la ciudad lusitana de Braga; en Caieiras, Coitia, São Carlos, Ubatuba (del estado de São Paulo); en Río de Janeiro, Campos dos Goytacazes, Itaperuna, Nova Friburgo (de Río de Janeiro); en Maringá, Piraquara, Ponta Grossa (Paraná); en Belo Horizonte, Juiz de Fora, Montes Claros (Minas



han consagrado ya a la Virgen

Gerais); en Belém, Castanhal (Pará); en Brasília (D. F.); en Manaus (Amazonas); en Teresina (Piauí); en Camocim (Ceará); en Moreno (Pernambuco); en Lauro de Freitas (Bahía); en Carriacica (Espírito Santo); y en Cuiabá, Campo Grande, Joinville (Santa Catarina).

Las clases para los hispanohablantes son dictadas por el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP. En esta tanda hubo ceremonias en Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, España, Guatemala, México, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay.

Desde el 27 de septiembre el curso ya está disponible, a cargo del P. Michael Carlson, EP, en inglés.



El Salvador



Roberto Salas



David Bedoya

Colombia



João Paulo Rodrigues



Ronny Fischer

México



Pablo Díaz

Uruguay



Xavier Jacob

Paraguay



Pablo Vela

Argentina



Ricardo José Galli

Ecuador



Paulo Elirio

Portugal

Fotos: Eduardo de Barros



Vanessa Cravo

Bahía y Río de Janeiro – El 17 de septiembre, los Heraldos del Evangelio de Lauro de Freitas recibieron al Cardenal Sergio da Rocha, arzobispo de Salvador de Bahía y primado de Brasil, para una celebración eucarística (fotos 1 y 2). Y el 27 del mismo mes, el cardenal Orani João Tempesta, OCist, arzobispo de Río de Janeiro, visitó la casa de los Heraldos de la capital fluminense, donde también celebró la santa misa (foto 3).

Fotos: Jesse Arce



Colombia – Cerca de dos mil personas participaron en la santa misa en honor de Nuestra Señora de Fátima con ocasión del aniversario de su última aparición en Cova da Iria. La ceremonia fue realizada el 13 de octubre en la catedral primada de Colombia, en Bogotá.

Fotos: Urbano Ngoka



Mozambique – Con motivo de la memoria litúrgica de San Francisco de Asís, patrón de la provincia de Zambezia, se realizan multitudinarias celebraciones religiosas en el país. Una de ellas tuvo lugar el 9 de octubre, en la cuasi parroquia de San José de Matola-Gare, diócesis de Maputo.

Oratorio inaugurado en Medellín

El día 3 de octubre fue inaugurado el oratorio de Nuestra Señora de la Reconquista, en Medellín (Colombia). Monseñor Fidel León Cadavid Marín, obispo de Sonsón-Rio-negro, presidió la misa de dedicación del altar, concelebrada por sacerdotes del clero local y de los Heraldos del Evangelio.

En las fotos se pueden apreciar algunos aspectos de la ceremonia, como la bendición del agua, la iluminación del altar, la procesión de las ofrendas y el momento de la consagración. El coro de los Heraldos del Evangelio de Colombia animó la celebración.



Fotos: Andrés Upegui



Hallada la sepultura de San Nicolás

Un equipo de arqueólogos ha encontrado en la costa sur de Turquía la tumba de San Nicolás de Bari, obispo del siglo IV que por la caridad manifestada en el ejercicio de su ministerio se hizo conocido en todo el mundo como aquel que obsequiaba a los niños en la Nochebuena.

Aunque se supiera que el santo obispo había sido enterrado en la iglesia posteriormente dedicada a él en la ciudad de Demre, en la provincia turca de Antalya, se ignoraba el sitio exacto de su sepultura originaria, ya que una gran parte de sus restos mortales había sido robada en el siglo XI y sobre el templo primitivo, sumergido en una crecida del mar Mediterráneo, se había construido una nueva iglesia.

Ahora los investigadores han descubierto vestigios del primer edificio y el propio suelo sobre el que caminó San Nicolás.



Más de dos millones de fieles participan en el «Círio de Nazaré»

Considerado una de las mayores fiestas religiosas de Brasil y del mundo, y declarado por la UNESCO desde 2014 como patrimonio cultural

inmaterial de la humanidad, el «Círio de Nazaré» —procesión de la imagen de Nuestra Señora de Nazaret— no se realizaba desde hacía dos años a causa de la Covid-19. Reanudado este año, congregó el 9 de octubre a más de 2,5 millones de peregrinos, según datos publicados por la Secretaría de Seguridad Pública del estado de Pará.

La procesión salió de la catedral de Belém, tras la misa presidida por Mons. Alberto Taveira Corrêa, arzobispo metropolitano. Durante cinco horas los devotos recorrieron cerca de 3,6 km hasta llegar a la basílica santuario de Nuestra Señora de Nazaret, erguida en el lugar donde la imagen de esta advocación fue encontrada en el 1700.

Recreado el cuerpo de Cristo a partir de la Sábana Santa

El 13 de octubre fue inaugurada en la catedral de Salamanca (España), la exposición *The Mystery Man*, que presenta la historia y datos impresionantes del Santo Sudario de Turín, así como piezas que recrean instrumentos utilizados en la Pasión e incluso ambientes relacionados con ella, como el Santo Sepulcro.

La pieza principal de la muestra es una imagen de Cristo hecha a partir de estudios sobre la Síndone. Se trata de una representación del cuerpo sagrado de Jesús en el momento de su sepultura, en la que se aprecian algunos signos de la Pasión, como las doscientas cincuenta heridas provocadas por la flagelación, un hombro dislocado, una pierna contraída por la ruptura del tendón, las marcas de los clavos en los pies y en las muñecas, la apertura en el costado hecha por la lanza de Longinos y la parte posterior de la cabeza atravesada por la corona de espinas.

Paracaidistas franceses rinden homenaje a San Miguel

El 15 de octubre decenas de paracaidistas franceses, entre ellos excombatientes de guerra, realizaron una marcha en defensa de San Miguel

en la ciudad de Sables-d'Olonnes, al oeste de Francia. Los militares se dirigieron a la plaza dedicada al arcángel y, frente a la imagen que allí se encuentra, le rindieron homenaje y cantaron la oración del paracaidista, manifestando mediante una protesta pacífica su repudio a la decisión judicial que ha determinado la retirada de la imagen de aquel sitio.

En noviembre de 2021, la anticlerical Asociación Libre Pensamiento solicitó esa medida alegando que la permanencia de la estatua de San Miguel en un lugar público hiere la laicidad del estado. El alcalde, Yannick Moreau, y gran parte de la población se oponen a la decisión argumentando, entre otras razones, que la imagen es patrimonio histórico y cultural de la ciudad.



Siete millones de flores a la Virgen del Pilar

El 12 de octubre miles de devotos de Nuestra Señora del Pilar se reunieron en la plaza frente a la basílica dedicada a Ella en Zaragoza (España), para la tradicional ofrenda a María Santísima. Este año la imagen fue adornada con más de siete millones de flores, entre ellas las lanzadas por la Fuerza Aérea Española, que sobrevoló el lugar.

La devoción a Nuestra Señora del Pilar se remonta al año 40, cuando Santiago el Mayor predicaba el Evangelio en tierras españolas. Venida en carne mortal desde Jerusalén, la Santísima Virgen se le apareció al apóstol sobre una columna de mármol, la misma que hasta hoy se encuentra en el santuario, y le pidió que construyera una iglesia en ese lugar, prometiéndole que permanecería allí hasta el final

de los tiempos para interceder por aquellos que recurrieran a Ella.

Niños de todo el mundo se unen para rezar el rosario

Ochocientos cuarenta mil niños, de ciento cuarenta países, se inscribieron en la 17.ª edición de la campaña *Un millón de niños rezando el rosario*, promovida por la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada.

Los niños se unieron en oración el 18 de octubre, y los países con mayor participación fueron: Polonia —con un 30 % de las inscripciones—, Eslovaquia, Filipinas, Australia e India. Pero la iniciativa también contó con el apoyo de niños procedentes de naciones como Arabia Saudí, Catar, Azerbaiyán, Laos y Birmania, donde los cristianos son minoría o incluso hasta sufren persecuciones.

Persecución al clero en México

Al menos setenta sacerdotes, según cifras oficiales, han sido asesinados en México desde 1990. En muchos casos, sus cuerpos han sido encontrados degollados, mutilados y con signos de tortura o mensajes satánicos. En el mismo período, también ha habido un aumento en el número de profanaciones de iglesias y del Santísimo Sacramento. Según denuncia el clero local, miembros del crimen organizado han perpetrado este tipo de actos

con el fin de ser promovidos dentro de su estructura interna.

Esta creciente persecución ha convertido a México en uno de los países más peligrosos del mundo para los sacerdotes.



Reproducción

Adoración perpetua en Inglaterra por las vocaciones

La iglesia de San José, ubicada en la ciudad de Stockport (Inglaterra), fue elevada a santuario eucarístico de adoración perpetua el pasado 22 de octubre, con el objetivo específico de rezar por las nuevas vocaciones sacerdotales y la santificación del clero.

La misa de inauguración del santuario estuvo presidida por el arzobispo Mark Davies, obispo de Shrewsbury, quien durante la homilía destacó la importancia de que los sacerdotes tengan a la eucaristía como punto central de sus vidas.

Quinientos años de cristianismo en Filipinas

La Conferencia Episcopal de Filipinas (CBCP), en colaboración con

el Banco Central del país, ha editado una serie conmemorativa de monedas por los quinientos años de la llegada del cristianismo a aquellas tierras. En una de sus caras está representada la primera misa de Pascua celebrada en la isla de Limasawa y en la otra se encuentra el logotipo oficial de la efeméride.

La fe católica fue introducida en Filipinas en 1521, con la expedición del navegante portugués Fernando de Magallanes. Décadas después, con la llegada de los españoles, el catolicismo se convirtió en la religión predominante en el país.

El odio contra los católicos aumenta un 260 % en Canadá

Según la agencia de estadísticas del Gobierno canadiense, en tan sólo un año, las manifestaciones de odio contra la Iglesia Católica en el país aumentaron un 260 %. El estudio comparó los años 2020 y 2021, contando el número de incendios totales o parciales en iglesias, oratorios y capillas, actos de vandalismo, profanaciones y amenazas contra clérigos y fieles.

El incremento de los actos anticatólicos se produjo, sobre todo, tras la divulgación sesgada y tergiversada del hallazgo de tumbas en internados administrados por la Iglesia Católica en Canadá.



GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



Una buena Madre... ¡y una manzana!

Los dos muchachos contaban con lujo de detalles toda la historia del pomar. En determinado momento, el niño alargó sus manitas: ¡quería coger una manzana!



✦ Renata Souza dos Santos

«¡M^{an}anas! ¡Manzan^{as}! ¡Mira qué manzan^{as}! ¡De todos los tamaños: grandes, pequeñas, medianas! ¡Ricas y sabrosísimas! ¡Mira qué manzan^{as}!», pregonaba Lucas.

Pobre hombre. «¡Mira qué manzan^{as}!», decía, pero ni siquiera podía verlas, porque era ciego de nacimiento. En el pasado le habían ayudado en ese humilde oficio sus hermanos, pues el pomar formaba parte de la herencia paterna. No obstante, cada cual siguió su camino y ahora era auxiliado por su esposa y sus dos hijos.

Si bien que el trabajo no le rendía mucho beneficio, al menos ganaba lo necesario para el sustento de la familia. Sus hijos, Osías y Urineb, aún eran jovencitos y colaboraban de buena gana. Fúa, la matrona, que admiraba las virtudes morales de su marido, se esmeraba tanto como podía en la educación de los muchachos y en los gastos de la casa.

Era, en fin, una existencia muy modesta, pero arraigada en la fe en el Señor Dios de Israel y en la esperanza ardiente de la venida del Mesías.

* * *

Otra familia: un padre, una madre y un niño pequeño. Huían de su tierra natal en dirección a Egipto. Recorrido largo y penoso...

El camino, en su casi totalidad, era desierto. Aquel día hizo un calor insoportable. Aunque esto no fue lo peor: las escasas reservas de alimentos ya se habían agotado y el agua que quedaba estaba caliente, y el cántaro cubierto de polvo.

José iba delante, tirando de la mula, sobre la cual iba sentada María con el bebé en brazos. Por muchas caricias que se le pudieran dar, tarde o temprano el niño tendría sed... Y es lo que ocurrió. A medida que pasaba el tiempo, más colorada se ponía la frente de

Jesús. Hasta que, en determinado momento, se puso a llorar.

—María, ¡te pido perdón! Fíjate en qué situación nos encontramos... ¡y todo por mi ineptitud! —se lamentaba José.

—Esposo mío, no te entristezcas. Si nos sobreviene tal desdicha, es por disposición divina. ¡Confíemos y Él nos ayudará!

Pero los gemidos del niño continuaban torturando a la pareja. Seguían adelante mientras rezaban al Padre eterno.

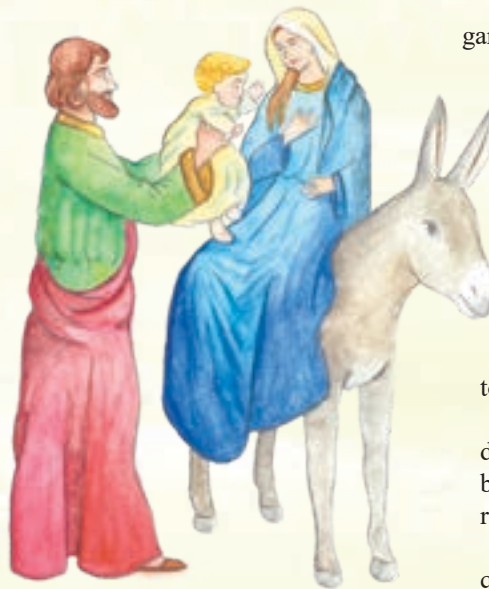
Poco después la geografía del lugar cambió: reapareció el verde, las flores surgieron y, sobre todo, había agua para beber. Su fe no fue defraudada, pues Dios los había sacado de la aflicción. Pero todavía les quedaba un largo camino que recorrer...

Al atardecer, dijo José:

—Esposa mía, estamos cerca de un pueblo. ¿Te parece conveniente pedirle alojamiento a alguien?

Cuando la pregunta llegó a oídos de María, su corazón tuvo un buen presentimiento. Solamente le respondió que sí.

José entró en la aldea y percibió que debía seguir las instrucciones de su esposa santísima. ¿Qué hacía? Se detenía ante una casa y miraba a María. Discretamente, Ella le indi-



«Esposa mía, estamos cerca de un pueblo. ¿Te parece conveniente pedirle alojamiento a alguien?»

caba con la mirada que no sería bueno pedir hospedaje allí.

Tras seis tentativas, María asintió a su consulta. Los últimos rayos del sol se despedían lentamente del cielo.

«¡Toc, toc, toc!», golpeó José en la puerta.

—¿En qué les puedo ayudar? —contestó la dueña.

—Disculpe, señora, le pido perdón por molestarle. ¿Sería posible pasar la noche en su casa? Vamos de viaje de Israel a Egipto.

Aquella mujer era Fúa, personaje que ya hemos conocido. Al principio dudó, no por falta de voluntad, sino por las difíciles condiciones en las que vivían: no tenían una cama que ofrecerles, ni habría comida suficiente. Sin embargo, antes de darle una desafortunada explicación, posó la vista sobre el niño... ¡y quedó enternecida! Sólo a causa de Jesús cambió de idea.

—¡Oh, bendita pareja! ¡Qué hijo más hermoso tenéis! Carecemos de muchas cosas, pero encontraré la manera de acomodarlos. Entrad, por favor. La casa es vuestra. Voy a llamar a mi marido.

—¡Que Dios se lo recompense, señora mía! —le agradeció María esbozando una sincera sonrisa.

Enseguida acudieron Lucas, Osías y Urineb. Todos simpatizaron con la Sagrada Familia y la acogieron contentos.

El padre dio las órdenes: «Hijos, dormiréis con vuestra madre y conmigo, para que José y María tengan un ambiente solo para ellos». Después de una deliciosa sopa hecha por Fúa, con la ayuda de María, todos se fueron a dormir apaciblemente.

A la mañana siguiente, Lucas y Fúa no querían de ninguna manera separarse de tan bendecida conviven-



Los dos jovencitos quisieron enseñarles el pomar y las hermosas manzanas del cultivo familiar

cia. A ruegos de ellos, María le pidió a José quedarse otro día allí. Y José, evidentemente, estuvo de acuerdo.

Los dos jovencitos quisieron enseñarles el pomar y las hermosas manzanas del cultivo familiar. Mientras San José conversaba con los padres, la Virgen, llevando al divino Infante, siguió a los niños. Osías y Urineb le contaron con lujo de detalles la historia del terreno y cómo vendían las frutas.

En mitad de la conversación, el Niño Jesús alargó sus manitas: quería coger una manzana. Entonces Nuestra Señora les dijo a los muchachos:

—¿Me podéis prestar un cuchillo?

—¡Claro! —y ambos salieron corriendo para buscarlo.

María cortó la fruta por la mitad, ralló un poco de la pulpa y se la dio a su hijo, ¡que se encantó con ella! En ese instante, se oyó un grito:

—¡Viva el Señor! ¡Viva el Señor! ¡Fúa querida, ya veo! ¡Bendito sea Dios! ¡Hosanna en las alturas!

Todos se reunieron alrededor de Lucas, el cual lloraba de euforia. Se preguntaban la causa del milagro, sin saber qué pensar. José y María permanecían en silencio y sonrientes, mientras el niño saboreaba la manzana...

Entonces Urineb dijo:

—Mamá, no sé si tiene alguna relación, pero en el momento que Jesús probó la manzana, papá empezó a exclamar.

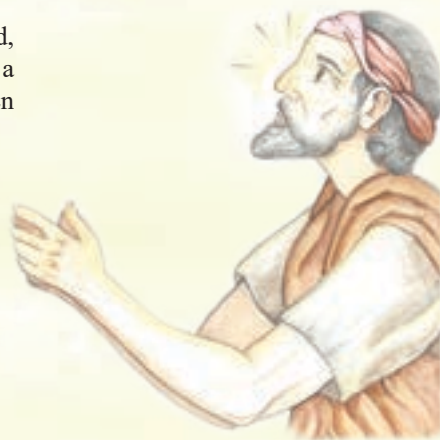
Lucas, emocionado, se arrodilló delante del niño, que estaba en los brazos de su madre. Recibió una inspiración especial de Dios y proclamó con todas las fuerzas de su alma:

—¡Oh, Altísimo Señor!, ¿por ventura me encuentro delante de vuestro Mesías? ¿El esperado de las naciones visita mi

familia? ¡¿Mi vista corporal hoy se inaugura y, a continuación, Vos me dais la gracia de contemplarlo?!

Con estas y otras palabras, el que fue objeto del milagro alababa al Rey del universo. Había adquirido la visión material, pero su fe le hacía ver más lejos y creer que aquel niño era el Cristo prometido.

Al ver la gratitud infinita del antiguo ciego, el Niño Jesús señaló a su Madre. Con esto quiso dejar claro que el prodigio había ocurrido gracias a la discreta intercesión de la Virgen, la tesorera de los dones del Cielo, en cuyos labios nunca entró la «manzana» de Adán. ✧



Ilustraciones: Lucila Bernadete Guarany

Lucas había adquirido la visión corporal, pero su fe le hacía ver más lejos y creer que aquel niño era el Mesías

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santa Florencia, virgen (†s. IV). Convertida por San Hilario durante su exilio en Asia Menor, lo acompañó en su regreso a Francia y vivió como eremita en Comblé.

2. San Silverio, papa y mártir (†537). Por no querer rehabilitar al obispo herético Antimo en la sede de Constantinopla, fue enviado por la emperatriz Teodora a la isla de Palmarola, Italia, donde murió de hambre y desgastado por los malos tratos.

3. San Francisco Javier, presbítero (†1552 Shangchuan, China).
Beato Juan Nepomuceno de Tschiderer, obispo (†1860). Prelado de Trento, Italia, que en tiempos difíciles ofreció un admirable testimonio de amor a los fieles a él confiados.

4. II Domingo de Adviento.

San Juan Damasceno, presbítero y doctor de la Iglesia (†c. 749 Mar Saba, Israel).

San Juan Calabria, presbítero (†1954). Fundó en Verona, Italia, la Congregación de los Pobres Siervos y de las Pobres Siervas de la Divina Providencia.

5. San Sabas, abad (†532). Nacido en Capadocia, actual Turquía, instituyó en Judea un nuevo estilo de vida eremítica en monasterios llamados lauras.

6. San Nicolás, obispo (†s. IV Mira, Turquía).

San Obicio, religioso (†1204). Después de tener una visión del infierno que lo convenció de la vanidad del mundo, abandonó la carrera militar y se hizo oblato benedictino en el monasterio de Santa Julia, en Brescia, Italia.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia (†397 Milán, Italia).



San Nicolás - Iglesia del Santo Cristo, Ciudadela de Menorca (España)

Santa Fara, abadesa (†657). Hermana de San Faron, obispo de Meaux, y de San Cagnoaldo, monje de Luxeuil. Fundó el monasterio benedictino de Faremoutiers, del cual fue abadesa durante cuarenta años.

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

San Patapio, eremita (†s. V/VI). Tras vivir varios años como anacoreta en las proximidades de Tebas, se trasladó a Constantinopla, donde continuó su vida de austeridad.

9. San Juan Diego Cuauhtlatotzin (†1548 Ciudad de México).

Santa Leocadia, virgen y mártir (†c. 304). Por rehusar renegar de la fe, fue torturada y, a continuación, encerrada en una mazmorra hasta morir.

10. Bienaventurada Virgen María de Loreto.

San Lucas, obispo (†1114). Se dedicó infatigablemente a los pobres de su diócesis de Isola di Capo Rizzuto, Italia, y a la formación de los monjes.

11. III Domingo de Adviento «Gaudete».

San Dámaso I, Papa (†384 Roma).

Beata María del Pilar Villalonga Villalba, virgen y mártir (†1936). Laica de intensa vida espiritual, fue presa y fusilada durante la persecución religiosa en los alrededores de Valencia, España.

12. Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América Latina.

Beato Tiago Capocci, Bispo (†1308). Religioso agustino designado arzobispo de Benevento y después de Nápoles, Italia. Se destacó por su sabiduría, prudencia y conocimientos teológicos.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (†c. 304/305 Siracusa, Italia).

Beata María Magdalena de la Pasión, virgen (†1921). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Compasionistas Siervas de María, en Castellammare di Stabia, Italia.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia (†1591 Úbeda, España).

Santos Herón, Arsenio, Isidoro y Dióscoro, mártires (†250). Condenados a muerte en Alejandría, Egipto, durante la persecución de Decio. Cuando el juez vio a los tres primeros soportar diversos suplicios con la misma constancia en la fe, los mandó quemar; San Dionisio, de tan sólo 12 años, murió tras ser sometido a numerosas flagelaciones.

15. Beata María Victoria de Fornari Strata, religiosa (†1617). Fundó en Génova, Italia, la Orden de la Santísima Anunciación.

16. Beato Sebastián Magi, presbítero (†1496). Religioso dominico, predicó el Evangelio en la región de Génova, Italia, y veló por la observancia regular en los conventos.

17. Santa Bega, abadesa (†693). Noble viuda de origen francés, fundó en Andenne, Bélgica, el monasterio de la Bienaventurada Virgen María.

18. IV Domingo de Adviento.

San Flananio, obispo (†s. VII). Joven de familia real, abrazó la vida religiosa y fue elegido obispo de Killaloe, Irlanda.

19. Beato Guillermo de Fenoglio, religioso (†c. 1200). Uno de los primeros monjes de la cartuja de Casotto, Italia, donde vivió como hermano lego.

20. San Zeferino, papa († 217/218). Gobernó la Iglesia durante dieciocho años, teniendo como auxiliar al diácono San Calixto. Su pontificado estuvo marcado por la lucha contra las herejías trinitarias.

21. San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia (†1597 Friburgo, Suiza).

Beato Pedro Friedhofen, religioso (†1860). Trabajador manual de Koblenz, Alemania, se dedicó al servicio de los enfermos y posteriormente fundó la Congregación de los Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora.

22. Santa Francisca Javier Cabrini, virgen (†1917). Fundadora del Instituto de Misioneras del Sa-

grado Corazón de Jesús. De origen italiano, falleció en Estados Unidos, país donde se dedicó con eximia caridad al cuidado de inmigrantes.

23. San Juan de Kety, presbítero (†1473 Cracovia, Polonia).

San Sérvulo, laico (†c. 590). Parálítico desde la infancia, pedía limosnas en el pórtico de una iglesia de Roma y compartía con otros pobres lo que recaudaba.

24. Santa Tarsila, virgen (†a. 593). Tía de San Gregorio Magno, el cual elogió su ejemplar vida de oración, recogimiento y penitencia.

25. Solemnidad de la Natividad del Señor.

Santa Anastasia, mártir (†c. 304). Sufrió el martirio durante la persecución de Diocleciano, en Sirmio de Panonia, en la actual

Serbia. Su nombre es mencionado en el canon romano.

26. San Esteban, diácono y protomártir.

Beatas Inés Phila, Lucía Khambang y compañeras, mártires (†1940). Por no querer renegar de la fe católica, fueron fusiladas en el cementerio de Song-Khon, Tailandia.

27. San Juan, apóstol y evangelista.

San Teodoro, presbítero y mártir (†c. 841). Monje de la Laura de San Sabas, en Palestina, preso y torturado en Constantinopla por los iconoclastas. Murió en la cárcel en Apamenia de Bitinia, en la actual Turquía.

28. Los Santos Inocentes, mártires.

Beata Mattia Nazzareni, abadesa (†c. 1326). Perteneciente a una familia noble de Matelica, Italia, a los 18 años huyó de casa e ingresó en el convento de Santa María Magdalena.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir (†1170 Canterbury, Inglaterra).

San David, rey y profeta. Hijo de Jesé de Belén, fue elegido por Dios para regir el pueblo de Israel. De su estirpe nacería el Salvador.

30. Sagrada Familia de Jesús, María y José.

San Lorenzo, monje (†c. 1162). Llevó vida monástica según la observancia de los padres orientales en Frazzano, Sicilia.

31. San Silvestre I, Papa (†335 Roma).

Santa Melania la Joven, religiosa (†440). Hija de ilustre familia romana, de común acuerdo con su esposo abrazó la vida religiosa. Empleó su fortuna en obras de caridad.



Santa Anastasia

Inocente preparativo para la Navidad

La combinación de todos los detalles, incluso los más pequeños, que conforman el ambiente navideño rinde, a su manera, un homenaje a aquella noche que vio nacer en la gruta de Belén al Redentor esperado.



✠ Carolina Amorim Zandoná

A medida que se acercan las celebraciones navideñas, en la mirada de algunas personas con las que casualmente nos cruzamos se percibe una nostalgia, una sed espiritual, un deseo —a veces subconsciente— de redescubrir el verdadero significado de la Navidad.

En efecto, en nuestros días esta festividad se presenta bajo una envoltura de ajeteo, de compras, de relaciones sociales, de fruición, que impiden que se manifieste su auténtica e inocente alegría. En lugar de dirigir sus corazones hacia el Dios Altísimo que vino hasta nosotros, asumiendo la pobre naturaleza mortal para salvarnos, el mundo pone su atención en un ídolo: Mamón, el dios del dinero. Las costumbres con las que los distintos pueblos reviven el nacimiento de Cristo se van volviendo cada vez más masificadas por esa idolatría universal, centrada en todo lo que puede haber de perecedero y olvidada de los valores eternos.

¡Cuán diversas son las riquezas nacidas de una sociedad dócil a la luz de Dios! En este sentido, las tradiciones navideñas de Alemania se destacan. Comúnmente considerada como

una nación filosófica y militar, en el tiempo de Navidad, no obstante, se adorna de una delicadeza de alma capaz de interpretar «el sentimiento de ternura que debía suscitar en alguien que ve en el pesebre a un niño frágil, con todas las debilidades físicas de la infancia, llorando y con frío, pero que es el propio Dios».¹

Este equilibrio perfecto entre combatividad y dulzura sólo florece en plenitud en el alma realmente católica, que sabe admirar lo que hay de sublime y maravilloso más allá del mundo concreto y que, por tal motivo, busca representar en las realidades materiales aspectos de una belleza que no existe en esta tierra, pero que ella desea porque fue creada para el Cielo.

Ahora bien, en el nacimiento del Salvador no solamente algo de las moradas eternas comenzó a habitar entre nosotros, sino que el propio Creador del Paraíso es quien ha venido a convivir con nosotros. La humanidad ha pasado por milenios de espera y de preparación para tal suceso y, a través de los siglos, la Santa Iglesia revive aquella jubilosa esperanza durante el tiempo litúrgico del Adviento.

En la esfera temporal, una tradición alemana, mejorada con el paso de las décadas, expresa de manera muy cándida esa expectativa: la confección de un calendario con los días previos a la Navidad. En su versión más elaborada, presenta una serie de ventanas que han de ser abiertas cada día, y que ocultan un símbolo religioso o una alegoría navideña.

En algunas ciudades, la composición es trasladada a la fachada de edificios públicos significativos, llamando la atención de los transeúntes a lo largo de esas semanas. De este modo, los fieles se preparan inocentemente para la Navidad, poniéndose en la perspectiva del acontecimiento que reviviremos la noche del 24 al 25 de diciembre, y los niños, sobre todo, templan su pueril ansiedad por la llegada de ese gran día.

Las ilustraciones escondidas detrás de cada ventanita se asemejan en general a las imágenes contenidas en las músicas germánicas propias a la noche santa: «Un pueblecito nevado, con sus tejados, en forma de cono, blanquitos, las casitas marrones, todo pareciendo hecho de *pan de miel* listo para ser degustado. Y una pequeña iglesia como

de mazapán, [...] el camino que conduce al templo, un poco en zigzag [...]; la campanita que suena a determinada hora y las familias que aparecen todas abrigadas —cada individuo como si fuera un pompón de lana—, niños que van en fila, llevando linternas [...]. La nieve, sin hacer ruido, cae en ligeros copos. Un inmenso silencio, recogido, de una noche sagrada, en la cual el mundo piensa en el silencio que rodeaba la gruta y el pesebre».²

En este Adviento, hagamos el propósito de montar también nosotros un calendario parecido. Sin embargo, no será necesario que lo tengamos —impreso o confeccionado cuidadosamente en casa— en nuestras manos; conviene, sobre todo, que lo llevemos en el corazón: cada día, tratemos de desprendernos de nuestro egoísmo y de las cosas pasajeras de esta tierra, y abramos un nuevo espacio en nuestro interior para que la

Santísima Virgen deposite ahí algo maravilloso que nos acerque al Paraíso, haciendo sonreír al Niño Jesús que pronto nacerá místicamente. ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 3/1/1989.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Stille Nacht». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIII. N.º 153 (dic, 2010); p. 33.

Fotos: Reproducción



Ejemplares de calendarios de Adviento

Edificio del Ayuntamiento de Gengenbach (Alemania), decorado como los calendarios



Andreas Schwarzkopf (CC by-sa 3.0)



Amigo del Corazón de Jesús, Custodio de la Virgen

San Juan Evangelista era un alma eminentemente virgen, muy cercana a Nuestro Señor, devotísima de su Sagrado Corazón.

Más que un apóstol, fue un verdadero amigo del Hombre Dios. Por eso Nuestro Señor, antes de expirar en la cruz, le dejó a su discípulo predilecto un tesoro inapreciable: María Santísima.

Recibir a Nuestra Señora es recibir todo lo que Dios, después de darse a sí mismo, puede concederle al hombre. María Virgen fue dada por su virginal Hijo a su virginal amigo San Juan. En esta entrega vemos una manifestación extraordinaria del amor de Dios por las almas vírgenes. Y vemos también uno de los rutilantes rasgos de la grandeza del apóstol evangelista.

Plinio Corrêa de Oliveira

San Juan Evangelista -
Catedral de Notre Dame, París